

A close-up, high-contrast photograph of a person's face, likely a performer in a carnival mask. The face is dark, with dramatic lighting in shades of blue and red. The person's eyes are wide open, looking upwards and to the right. The mouth is slightly open, showing a red interior. The background is dark and textured, possibly a fabric or a wall.

Arquetipos y mascaradas

del Carnaval de Barranquilla:

mirada semiocrítica de los jóvenes narradores del Caribe Colombiano

Alejandro Espinosa Patrón
Adalberto Bolaño Sandoval

Compiladores

Arquetipos y mascaradas del carnaval de Barranquilla: mirada semiocrítica de los jóvenes narradores del Caribe colombiano /
Alejandro Alberto Espinosa Patrón, Adalberto Bolaño Sandoval,

100 páginas.
Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 978-628-01-0050-0

Alejandro Alberto Espinosa Patrón, Ph.D
Universidad Autónoma del Caribe, Colombia
espinosa200018@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-5357-162X>

Adalberto Bolaño Sandoval
Universidad Popular del Cesar, Colombia
badalberto@unicesar.edu.co
<https://orcid.org/>

Alexandra Martínez, Danna Castro, Marolyn Lora, Ludys Quevedo, Alejandro Espinosa Patrón, María José De la Hoz Flórez, Carlos Payares Ledesma, Carmen Quintero, Adrián Téllez Lázaro, Natalia Rengifo Gómez, Marianella Quintero Donado, Laura Caraballo, Liskar González, Judys González, Jeynnys Bolívar, Alejandro Cotes, Rafael Mendoza Jiménez, Brayan Javier Mejía Hernández, Omar Romero, Roberto Altamar, Zeinab Darwich Saker, Auris Estrada Vizcaino, Leidy Steffens, Nicolle Carreño, Rosa Gutiérrez, Nathally Espinosa, Helen Charris, Emily Urdaneta, Greys Paola Puello Campillo, Adrián Alfredo García Rojas, Shinela Rambao Echeverría, Andrea García de León, Tania Martínez Ramos, Dayanis Escobar, Yan Carlos Villalba Tuirán, Yeise Vega, María Angélica Zuluaga, Adalberto Bolaño Sandoval.

*Diseño y Diagramación: Carlos Colonna Ortega
imágenes: Aleidys Coll M. • Marceliano Pión*

*Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático para su uso comercial, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes. La conversión enunciativa del sujeto en las letanías del Carnaval de Barranquilla
© 2023, Alejandro Alberto Espinosa Patrón y Adalberto Bolaño Sandoval.*

Arquetipos y mascaradas del Carnaval de Barranquilla:

mirada semiocrítica de los jóvenes narradores del Caribe Colombiano

Alejandro Espinosa Patrón
Adalberto Bolaño Sandoval
Compiladores

Índice

Prefacio	9
Prólogo	11
Vida, muerte, fracaso y mascarada en algunos cuentos sobre el carnaval.	13
El desdoblamiento del sujeto: componente semiocrítico	27
La experiencia con los alumnos.	31
El contexto como texto	33
Mascarada uno. Una leyenda llamada Cumbia	39
Mascarada dos. Sorpresa feliz	43
Mascarada tres. El último carnaval	45
Mascarada cuatro. Santa sepultura a Jose	49
Mascarada cinco. No es mi culpa	53
Mascarada seis. Marimondas recocheras	57
Mascarada siete. La negritud que nos libera	59
Mascarada ocho. “Hazte la loca, Mary, hazte la loca”	63
Mascarada nueve. Espíritus de carnaval	65
Mascarada diez. Un carnaval sin fronteras	67
Mascarada once. La euforia del Barrio Abajo: una alegría que se puede transformar en tragedia	69
Mascarada doce. Épocas carnavaleras	73
Mascarada trece. Carnaval de emociones	75
Mascarada catorce. Mi historia	77
Mascarada quince. La historia no contada de la Negrita Puloy	81
Mascarada dieciséis. Solo un instante de felicidad	83
Mascarada diecisiete. El Carnaval de mis pesares	87
Mascarada dieciocho. Diversión carnavalera	91
Mascarada diecinueve. Un baile en el Carnaval	93
Mascarada veinte. Ataúd	97
Referencias bibliográficas	99

Prefacio

El texto que se propone, “Arquetipos y mascaradas del carnaval de Barranquilla: mirada semiocrítica de los jóvenes narradores del Caribe colombiano”, producto de las actividades diarias en los cursos de semiología, (RA)¹, representa, desde el enfoque semiocrítico, el otro ser que subyace en los textos de los jóvenes narradores.

El texto es un motivo para conocer cómo los jóvenes desde su análisis del contexto pueden describir un mundo llevado por los problemas creados por los humanos, y así entrar en una dimensión pagana que los llevaría a otras aristas de la vida, pues de acuerdo con Hernández (2022),

el mundo se ha sostenido a través de antagonismos complementarios, tal es el caso del bien y el mal, la verdad y la mentira, para de alguna manera lograr posicionamientos en un universo signifiante, pero al mismo tiempo, normativo y de control social por medio de categorías que indudablemente están orientadas hacia el constructo moral. (pp.1-2)

Por tanto, las narraciones responden al estudio minucioso de su contexto, el carnaval, donde el sujeto se desdobra para representar la otra realidad que vive y que no puede expresar, pues la sociedad lo juzgaría como una persona diferente. Por ello, estas historias, sus estructuras, y cómo desde esa lectura de mundo los jóvenes narradores le apuestan a otra manera de describir su semiosfera.

Emplear la semiocrítica como opción para entender y escribir los textos sobre el carnaval permitió ahondar en una lectura sociocrítica sobre el entorno del sujeto, por ello los estudiantes desmenuzaron con sus textos la situación de su país, el carnaval como pretexto para contar lo que ralla la vista y corresponde con su

¹ Resultados de Aprendizaje, R.A., corresponden a las últimas sugerencias del Ministerio de Educación sobre las actividades formativas que se realizan en las clases.

Que teniendo en cuenta que el sistema de aseguramiento de la calidad de la Educación Superior actualmente se centra en la evaluación de las capacidades y procesos de las instituciones y de los programas se hace necesario fortalecer e integrar los procesos académicos que incorporan los Resultados de aprendizaje de los estudiantes y de los avances en las labores formativas académicas docentes científicas culturales y de extensión de las instituciones de tal forma que evidencia la integralidad diversidad y compromiso con la calidad (Decreto 1330 de 2019)

realidad latente que les impide proyectar sus sueños. En ese sentido, el enfoque semiocrítico está orientado a cuestionar la realidad, pero también a mirar con una lupa lo que subyace en sus líneas, el entramado creado por el ciclo enunciad-
dor, enunciación y enunciatario, que ayudan a revisar ese andamiaje semiótico de
nuevos significados en el texto para desmenuzar su otra realidad porque a través
de los ejercicios en clase partimos de las microsemióticas intratextuales que se
organizan a partir de las contradicciones internas, lo que sirve de puente para
reconstruir las formaciones ideológicas y culturales que subyacen en ellos.

Prólogo

LIBRO-PLAZA

En días pasados, el presidente de la república autorizó la apertura de la Plaza Núñez, la cual está localizada en una de las manzanas del poder de este país, provocando una gran convergencia de todas las esferas sociales hacia ese significativo e histórico espacio. El hecho, de gran trascendencia sociológica y política, mediante uno de esos magistrales movimientos de asociaciones que hace el cerebro, me conectó con **Arquetipos y mascaradas del carnaval de Barranquilla: mirada semiocrítica de los jóvenes narradores del caribe colombiano**, un libro fruto del celoso ejercicio pedagógico y de creación literaria de los maestros Adalberto Bolaño Sandoval y Alejandro Espinosa Patrón. Esta conexión, muy seguramente, será cuestionada y hasta podrá calificarse de traída de los cabellos, pues la envuelve cierta atmósfera extraña. Además, el asunto se hace más complejo en la medida que lo relacionemos con la palabra compuesta que hace de título de los presentes renglones. En respuesta, emprendo la tarea de desmenuzar un poco la materia.

Para comenzar, ¿qué es una plaza y cuál es su trascendencia? Creo que la mejor definición, sin abandonar lo relacionado con el paisaje urbano, se centra fundamentalmente en el factor humano, en las relaciones y tejidos sociales que se agencian en su interior y que son esencia de la misma. En ese sentido, así como la Plaza Núñez se ha convertido en espacio de encuentro y de vínculo, en todas las plazas del mundo el roce social elimina las distancias, las jerarquías, las diferencias ideológicas y las discriminaciones. Pero, ahondando un poco más, si esto sucede en cualquier época del año sin importar en qué ciudad ¿cómo nos imaginamos los mismos escenarios en tiempos de carnaval? La respuesta que demos, sin duda, comienza a despejarnos inquietudes, a hacernos conocer, por ejemplo, el porqué del familiar y cercano *Jose* en lugar del formal y encorbatado *José*.

El tejido variopinto de los textos que componen el libro, materia del presente comentario, nos hace vivir como en una plaza y, tal vez, nos hace sentir más

objetivos con el vivir. Nos coloca frente a la pregunta de si somos más reales en carnales que en cualquier otra época del año. Así como podemos soltar una estridente carcajada en el punto final de un texto escrito con magistral brevedad, nos puede enamorar la biografía de la cumbia nacida entre cadenas, ritmo, amor y sufrimiento. Del mismo modo, podemos viajar desde el indeleble nombre de *Mario Montero Dávila* a un pasaje de seria crítica literaria. Sin embargo, desde la euforia del barrio Abajo, también nos angustia que las personas estén encerradas por el amor que no pueden evitar. Tampoco deja de mortificarnos la cantidad de muertos que lucharon por nuestra libertad y felicidad. En síntesis, un libro-plaza que nos coloca frente a un espejo a preguntarnos quiénes somos mirándonos a los ojos, esta vez, sin réirnos porque *después de rayo caído no hay bárbara que valga*.

Para terminar, de otro aspecto no menos importante, quiero resaltar la labor de los maestros que acuciosamente emprendieron esta carnavalada, con manos unidas a los estudiantes, para entregar este bello fruto. Obras de esta naturaleza, deberían verse más frecuentemente en los escenarios académicos.

Enrique Alegría Dulcamara

*Especialista en pedagogía de la comunicación y medios interactivos
(Universidad Distrital Francisco José De Caldas).
Lic. en Lenguas Modernas (Universidad del Atlántico).*

Vida, muerte, fracaso y mascarada en algunos cuentos sobre el carnaval

*Mentre uno spirito questo diceva,
l'altro piangeva, sicché ne rimasi sconvolto,
al punto che svenni per l'emozione
e caddi come corpo morto cade.
(Dante, Commedia)*

*Así hablando un espíritu, el otro tal gemía,
y con tan hondo llanto, que me trae
piedad inmensa a extremo de agonía,
y caí como cuerpo muerto cae
(Dante, La Divina Comedia)*

Historias del carnaval de Barranquilla, o de cualquier parte

La relación entre literatura y carnaval ha sido amplia. En este caso, la de Barranquilla, escudriñando en los cuentos y novelas de varios escritores colombianos, podría conllevar un estudio en el que primen, supuestamente, el carácter alegre, de jolgorio y superficialidad que representan las carnostolendas, de forma que las categorías conceptuales bajtinianas serían muy útiles. Existe, pues, una pugna creativa y cosmovisiva al respecto, y en la obra artística también, abierta a cualquier interpretación.

Acerca de la relación carnaval-literatura, Ramón Bacca Linares, en “Aproximaciones a la literatura del carnaval” y Ariel Castillo Mier, analizan y describen tales obras narrativas en el Caribe colombiano. El trabajo de Castillo Mier (1995), “Literatura y carnaval en Barranquilla”, señala que una de las primeras recreaciones las muestra Abraham Zacarías López-Penha, en *La desposada de una sombra*, a comienzos del siglo XX. Pero antes una digresión: en estos trabajos ficcionales los espacios y grupos sociales coinciden: en el caso de López-Penha, su narración se entreteje con los cuentos de “La noche Feliz de Madame Yvonne”, de Marvel Mo-

reno, “El desertor”, de Plinio Apuleyo Mendoza, y la novela *El cadáver de papá*, de Jaime Manrique Ardila (pp. 12-15). Comenta Castillo: “El carnaval aquí descrito [el de López-Penha] no es el de las clases populares, sino el de la élite” (1995, p. 10). Igual sucede con los tres textos mencionados.

Por su parte, Adolfo Sundheim escribió en 1919 la novela *Fruta tropical*, Olga Salcedo de Medina (1947), escribió “Desolación”, incluido en su libro *En las penumbras del alma*; José Félix Fuenmayor, “Un viejo cuento de escopeta”; también se cuenta “Domingo de carnaval”, cuento incluido en *Guineo verde* (1966), de Néstor Madrid, que coincide con la novela *Disfrázate como quieras*, de Ramón Bacca Linares, en lo relacionado con la muerte en el carnaval de uno de los protagonistas. En este caso, la trama de Madrid –Malo se basa en la “historia del disfraz del hombre acuchillado que agoniza con tan persuasiva representación que el público lo celebra” (Castillo, 1995, p. 13). En esas notas bibliográficas coincidentes, Bacca (1998) se refiere al cuento de Judith Porto de González “A la caza de infieles”, basada en el adulterio de un marido que deja tirada una máscara en la calle y que su esposa logra reconocer, tras lo cual emprende la búsqueda de su cónyuge, logrando conocer su infidelidad. Otros dos relatos que se agregan en esta cartografía son “Al tercer día del carnaval”, de José Francisco Socarrás, aparecido en *Vientos del trópico*, y “El emperador africano”, de Álvaro Medina.

De igual manera señala Castillo (1995) que “Desolación” coincide con las narraciones de Marvel Moreno “La noche Feliz de Madame Yvonne” y “Algo tan feo en la vida de una señora bien”, al denunciarse una “sociedad patriarcal, [en la que] el carnaval es un telón de fondo para contrastar la expansión de la alegría popular con el fracaso personal y la insensibilidad de los otros” (p. 13). Es lo que sucede también en el cuento de Marvel Moreno “La noche feliz de Madame Yvonne”. Constituye, una vez más, la escenificación de la mascarada, entendida, según el diccionario del RAE como: “Festín o sarao de personas enmascaradas. // Comparsa de máscaras. // farsa (II acción realizada para fingir)”.

Las novelas *Los domingos de Charito*, de Julio Olaciregui (1986), *En diciembre llegaban las brisas*, de Marvel Moreno (2013), *La última batalla de flores*, de Hipólito Palencia (1993), *El pez en el espejo*, de Alberto Duque López (1984), manifiestan también un universo de derrumbamiento moral, social, de re-conocimiento y de desmemoria, a la vez.

Otros textos literarios de y sobre carnaval son “A lo oscuro metí la mano”, cuento aparecido en *Sin brujas ni espantos*, de Guillermo Henríquez, (1996), referido a la homosexualidad masculina como reto, en un panorama de narraciones “masculinizadas” del Caribe colombiano, que ya había mostrado Jaime Manrique Ardila en 1978 en *El cadáver de papá* y que retomará Ramón Bacca en *Disfrázate como quieras*. Entre otras novelas, se agregan *La última batalla de flores*, de Hipólito Palencia y *La noche de la Guacherna*, de Alfonso Hilarión S. (1993). Fabio Osorio ha abordado, bajo diversas técnicas, los siguientes libros de narrativa: *Rebolo en carnaval* (1999), *Carnaval sabroso y ardiente* (2001) y *Carnaval que corre por mis venas* (2004). Finalmente, Guillermo Tedio publicó el cuento “Tras el antifaz hay un aroma”, y Lya Sierra la novela *Esa gordita sí baila (Sancocho de capuchón y arroz de monucuco)*.

El carnaval como infierno tan temido y comedia de lo grotesco

Con una lectura y aplicación de las conceptualizaciones de Mijail Bajtin se puede empezar a analizar dos obras: la *nouvelle* “La noche feliz de Madame Yvonne”, en *Cuentos completos* (2005), de Marvel Moreno y *El cadáver de papá* (1978), de Jaime Manrique Ardila, de modo que términos como carnaval, risa, lo cómico, lo grotesco, la comedia, poder y contra-poder, la desentronización o destronamiento, el coronamiento del bufón, así como sátira menipea, liberación, subversión, dialogismo, polifonía, familiarización, excentricidad, carnavalización, cronotopo, polémica oculta, entre otros, configura términos clave que han significado un aporte relevante para la emergencia constante de las ciencias sociales y humanas, siempre ávidas de terminología novedosa y “epistemológica”. Aún más, desde las estrategias literarias, estos textos buscan y expresan la libre experimentación y la actualización o puesta en escena de un tema contemporáneo. Esta terminología encierra un marco teórico y metodológico que revolucionará los estudios culturales y literarios

La *nouvelle* de Marvel Moreno (2005), “La noche feliz de Madame Yvonne” revela esa misma difracción en una noche de carnaval, en la cual se reúne lo más granado de la élite barranquillera en el Patio Andaluz del Hotel del Prado. Desde el plano intratextual, allí se dan cita personajes de otras narraciones como las de otros cuentos “Algo tan feo en la vida de una señora bien”, “La eterna virgen” y de *En diciembre llegaban las brisas*: Margot García, el señor Gómez, su jefe, Lina Insig-

nares, Álvaro Espinoza, su esposa Catalina, Laura de Urueta. Aparecen también: el capitán Rouleau, Mario Salgueira, Ema Revollo, y una docena de personajes más. La obra sirve para develar la personalidad, motivos e historias de estos personajes, la mayoría negativos, egoístas y egotistas. En estos personajes se conjugan las parejas deseo/política, cuerpo/mente, práctica/teoría, femenino/masculino.

El carnaval, como parte de la cultura, se constituye en un límite y en un campo de expansión. La ruptura del lenguaje y de la vida cotidiana, reconfiguran al sujeto cultural, que se oculta tras los diferentes discursos ideológicos y situacionales en estas tres ficciones, refleja el desamordazamiento, la desentronización de los rigores instaurado por las tradicionales clases sociales, quedando, tras esos cambios de comportamiento, una máscara de la subjetividad que ahora es auscultada, abierta, mostrando la hipocresía. Porque “La noche feliz de Madame Yvonne” se constituye, a través de la trama y el tema (la exposición de personajes contradictorios que ocultan en lo privado lo que se sabe en lo público) una comedia de lo grotesco. Para ello, los personajes se adornan con la máscara de la cultura transpuesta, pero el carnaval se encarga de liberar y aparece, entonces, lo caricaturesco, la comedia, el poder, el contra-poder desnudos y el destronamiento del bufón en Álvaro Espinoza (2005). Ello da cuenta de lo que indica Mijaíl Bajtin sobre la sátira menipea:

Con este fin los héroes de la “sátira menipea” suben hasta los cielos, descienden a los infiernos, viajan por países fantásticos y desconocidos, caen en situaciones excepcionales [...] pero siempre la aventura se somete a la función netamente ideológica de provocar y poner a prueba la verdad. (1997, pp. 167-168).

Los personajes se encuentran contruidos también sobre los criterios de lo alto y lo bajo, de lo sucio y lo negativo, sobre una especie de monstrificación que los acerca a la percepción bajtiniana. En “La noche feliz de Madame Yvonne” se encuentra un discurso de lo ideológico que choca a aquellos que tienen menos poder, mostrando con ello discurso de las clases sociales en que se observa su desdén social, mientras que el de la ascensión y el descenso se revelan como movimientos de los cambios de situación y del destino del alma humana. Uno de estos discursos es el del puritanismo representado y confluyente en varios personajes: Álvaro Espinoza, Rocanís, Salgueira, Aristigueta, Díaz, el mismo capitán de barco Gastón Rouleau. En ellos se verifica, por medio de Madame Yvonne lo

que ha denominado Bajtin el destronamiento: han sido bajados, ridiculizados de sus altas posiciones en la sociedad.

Los textos de Marvel Moreno y Jaime Manrique Ardila sobre el carnaval contienen en su seno las contradicciones ideológicas y *mise in abyme* de la experiencia de la modernización de Colombia, de su violencia. Se agregan y deviene de ello también las consecuencias de ese reflujo constante entre modernización y modernidad: como en *El cadáver de papá*, Manrique Ardila muestra la disyunción, la soledad, la asunción de una identidad exiliada muchas veces por el mismo contexto, atafagada por el tiempo y el espacio cultural, una Barranquilla machista, la de los años 70 del siglo XX, desarrollando con ello lo que indica Bajtin: una carnavalización de la conciencia, una disyunción en la que las clases sociales se desnudan, dramatizando su otro yo, el oculto, desterritorializando su falso modo de ser. Estos artistas de los años 70 trasladan una experiencia ominosa en sus obras, que viene a ser representada con mayor concreción en la pintura de Obregón, “Violencia”. Los narradores carnalescos del Caribe, nacidos entre 1940 y 1950, asumen como casi propias, las palabras que escribiera desde la otra orilla caribeña la Nobel sudafricana Gordimer (1997):

Solo a través de las exploraciones del escritor podría haber empezado a descubrir el dinamismo humano del lugar donde nació y el tiempo durante el cual iba actuar. Solo a través de la dimensión presiente de la imaginación, podría unir lo que había sido reto y fragmentado de manera deliberada; encajar las formas de la experiencia vivida, la mía y la de otros, sin la cual una conciencia íntegra no puede alcanzarla. Tuve que formar parte de la transformación de mi lugar para que este lugar me conociera (p. 144) (destacado de la autora).

Se podría agregar aquí, con más precisión, que ello era posible, también, desde el carnaval. La situación de los escritores de Barranquilla (o de los que han llegado del interior a ella, como Plinio Apuleyo Mendoza) es parecida: su desesperanza y desconfianza como escritores burgueses o de la clase media son perfiladas mediante su escepticismo a través de la puesta en escena de lo contradictorio de la historia, de las sensibilidades rotas en esta, en el carnaval. La fiesta no es, pues, el lugar de la celebración, sino de la caída. Aparece ya la revolución, los mitos, el sacrificio, el deseo, los ideales, en caída libre, manifiestos en un exilio interior, hijos, tal vez, del Meursault, en *El extranjero*. No es coincidente que esta celebración de la ciudad de Barranquilla se convierta en un universo congregacionario, una es-

tructura de la irracionalidad, una salida a los más íntimos estertores, producto de la irracionalidad que crece en la competencia productiva y de clases. Una muestra tropical de Albert Camus.

Una novela que se introduce aquí, desde una perspectiva distinta en cuanto a la mirada carnavalesca de las élites que se sugiere en este trabajo, es la referida a *Los domingos de Charito*, novela de Julio Olaciregui en la que el carnaval representa, aún más, para algunos miembros de las clases trabajadoras, la decadencia. Sus personajes viven durante estos días una venganza contra su abulia cotidiana. Pombo, por ejemplo, disfruta los cuatro días del carnaval, pero en el último, el “martes por la noche regresaba a casa exprimido y triste, contento de haber sudado y mordido, mojado y reseco, hediondo a pachulí y a vómito. La historia se había repetido tanto que no dudaba un solo instante de la resignación de Charito” (Olaciregui, 1986, p. 187).

Si hay algo en que coinciden, además de su carácter pesimista, es que en todas estas historias existe la contemplación de un testigo excepcional que despierta una red de asociaciones discursivas críticas. En este sentido, lo político se constituye en un núcleo ideológico que hace parte de la cultura coyuntural de la época. En esta festividad, en tanto encarnación cultural concreta, se convocan sujetos ideológicos con sus *habitus*, sujetos que manifiestan su alienación respecto a las prácticas ideológicas de su clase. Marvel Moreno, Plinio Apuleyo Mendoza y Manrique Ardila han puesto en el comportamiento de sus personajes el lenguaje que difracta y representa sus respectivas clases sociales.

El cadáver de papá: cita en el infierno

El cadáver de papá sigue el *dictum* borgiano que reza: “Cada uno se define para siempre en un solo instante de su vida, un momento en el que el hombre se encuentra para siempre consigo mismo” (Borges, 1982, p. 25)².

Cuando Villalba llega a Barranquilla para asistir a la agonía y muerte de su padre, un destacado comerciante (y narcotraficante) de la ciudad, de alguna manera hace suyas también las palabras de Dante cuando en *La Divina Comedia* (Dante,

2 Esta parte del texto ha sido extraída y adaptada en buena parte del artículo “Infierno, tiempo e historia: la narrativa purificatoria de Jaime Manrique Ardila”. En: *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. Universidad del Atlántico. v. 4. (4), 2006, pp. 116 - 138.

2000, p. 13) en su Canto I indica que “A mitad del camino de nuestra vida / extrañado me vi por selva oscura”. Villalba, una especie de judío errante, con treinta años de edad, ha acudido en una primera demanda a casarse con (su) Beatriz. Las “simetrías y leves anacronismos” (Borges *dixit*) son significativas pues él se ha convertido en su Virgilio y Dante al mismo tiempo, que no quiere asumir su papel incómodo de burgués en una sociedad que no ve con buenos ojos al extranjero, al “gringo”, el otro.

El cadáver de papá es narrado por un personaje identificado como Villalba, (1986) señor o doctor Villalba, especie de despersonalización analógica que más tarde se convertirá en una resignificación social, pues por su origen toponímico, podría representar, en su etimología latina, “villa blanca”, conlleva el de granja, asentamiento de la periferia; pero, además “alba”, blanca, proveniente del femenino. Villalba significaría ciudad limpia, pero parodiando el apellido, en tiempos de carnaval, se esconde un personaje complejo, con muchas contradicciones; con mucha suciedad, según la visión tradicionalista, burguesa. En el tono de cinismo desesperanzado, la novela presenta un cruce intertextual con *El extranjero* de Albert Camus, lo cual hace pensar en ambas novelas en que no importan las consecuencias delictuosas de los protagonistas sino el estado de liberación que consiguen. Se trata, si se quiere, de un estado de insubordinación moral, una revuelta contra la existencia adocenada y una regeneración en el sentido exotérico, transformación de una caída cuya transgresión da paso a un nuevo camino, la metamorfosis de Villalba a un despertar (un re-conocimiento) a la vida (homosexual). Con ello, tras asesinar a su padre, siente que “Una extraña, indefinible simplicidad me invade. Es como si hubiera logrado el más grande anhelo de mi existencia” (1978, pp. 27-28). Muerte y vida se unen: Villalba ha desentronizado por mano propia a su antecesor: ha sentido y logrado la libertad.

Para Villalba (1978) el carnaval constituye una celebración cultural que coincide con su propia celebración y re-descubrimiento sexual, personal, su exaltación y encuentro consigo mismo. Hijo de segunda línea, enviado a Estados Unidos para estudiar (para hacer “desaparecer” el pecado del hijo ilegítimo, como los personajes de Marvel Moreno), reconoce, no obstante, que su exilio norteamericano constituye una muestra negativa de “lo que los padres debían proporcionarles a sus hijos” (p. 23). Su regreso a Barranquilla representa un momento de inflexión

explosiva, de destapé. La muerte de su padre conjuga la tríada amor-eros-muerte, o mejor, desilusión-dolor-pasión, o también, exilio-dolor y afirmación de sí mismo, y que, en términos generales, resume las coordenadas poéticas de Manrique Ardila. El carnaval y lo personal se cruzan en un rito microcósmico, que, por ósmosis, se vuelve colectivo, macrocósmico, y es en la fiesta carnostoléndica donde el retorno o el triunfo de lo atávico y de lo escondido se concentran a través de diferentes fases en el protagonista: la apostura heterosexual, el alcohol, que conlleva las relaciones homosexuales, luego el disfraz, la simulación de ser mujer, escarnecer a una prostituta, que representan cimas transexuales de la liberación. Ruptura, vida alternativa, ambigüedad y lo grotesco, conllevan la degradación, la caída y el goce, formas exaltativas de la disolución y la afirmación. De lo alto en la sociedad, ha pasado a lo bajo: se ha vuelto una “marginal” salvado. Ha profanado la familia: ha destronado al padre. Profanación y destronamiento se conjugan. Burla y sarcasmo.

El carnaval como espacio microcósmico del yo, puede observarse en un poema del mismo Manrique, (1976) “El sótano”, que “es una tumba” (p. 25). Como analogía de las carnestolendas, representa un universo sincrético y siniestro del alma —y la cultura. La mirada del seudoeextranjero combina lo telúrico (calor, obsesivo calor) con lo urbano monstruoso, una geografía emocional entrópica con la subversión (continuación) cultural. El carnaval, al igual que en “El sótano”, es un “cuarto oscuro / como cualquier infierno, como cualquier / infierno, está habitado por recuerdos” (Manrique, 1976, p. 26). La estadía de Villalba, entre el espacio público y el privado, da cuenta, sin embargo, de una visita a los no-lugares, espacios coyunturales para el extranjero, de visita, pero vistos desde un recuerdo lejano en cuya geografía se accede a una serie de escalas hacia el descenso, hacia la liberación. Analogía tremendista, el alma, la ciudad, su carnaval y el cuerpo, dialogan e interpenetran sus sensaciones, su dolor en los fructíferos años 70s para Manrique Ardila, de donde surgen estas obras. Es un mundo donde Blake aparece y desaparece alternativamente para expresar un mundo demoníaco y perverso, transfigurado en un carnaval que media entre la caída y la resurrección. Así, la escalera en la clínica donde se encuentra el padre de Villalba se relaciona con un oscuro anfiteatro reducido y una “sala a oscuras” (“*darkness parlor*”: Robert Frost), que prolonga sus escalas a la ciudad, al carnaval, como un rito purgatorial y purgativo.

Marvel Moreno, Plinio Apuleyo Mendoza (solo por "El desertor"), Manrique Ardila, como José Félix Fuenmayor ("Un viejo cuento de escopetas"), los cuentos de Néstor Madrid Malo "Domingo de carnaval", y de José Francisco Socarrás, "Al tercer día del carnaval", "La noche feliz de Madame Yvonne", de Marvel Moreno y las novelas de Hipólito Palencia, *La última batalla de flores*, *Una pasión impresentable*, de Lola Salcedo, *Señora de la miel*, de Fanny Buitrago y *Disfrázate como quieras*, de Ramón Bacca, pertenecen a la estirpe pesimista que exalta la otra mirada, porque lo que importa de la fiesta es su capacidad de revelación y muerte. Y que la literatura, para resurgir de sus cenizas, se resuelve en varias esferas, y, como en el poema de Emily Dickinson (1994, p. 129), recorre los "profundos pasadizos / [que] se esconden en el alma".

***Disfrázate como quieras*: la historia como vértigo y crucigrama en Ramón Illán Bacca**

Para Ramón Bacca Linares la Historia no está llena de dolor y temblor, sino de dimes y diretes. Con *Disfrázate como quieras* (2002)³ su ímpetu de contador de historias retoma el impulso de los últimos años —que muchas veces el autor querría verlo rubricado en el inasible "éxito"—, comoquiera que la EAFIT publicó sus cuentos de *El espía inglés* (2001), la Universidad del Norte la edición completa de su compilación de la revista *Voces* (Uninorte, 2004), y antes de ellos sus ensayos de *Escribir en Barranquilla* (1998, Uninorte), ahora en su segunda edición, ampliada y corregida, sin contar sus primeros relatos *Marihuana para Goering* (1980), *Señora Tentación* (1994) y las novelas *Deborah Krue* (1990) y *Maracas en la ópera* (1996), y sus *Crónicas casi históricas* (1990), libros que dan cuenta de un espíritu alegre, burlón e investigador.

Disfrázate como quieras es una novela posmoderna en la que, tras la excusa de diversos asesinatos, recrea venganzas personales, tribales y políticas, es decir, familiares, pero en realidad, tiene el trasfondo de una *petit histoire noire* de la costa caribe colombiana desmitificada, bajo la que existe un argumento complejo y ambicioso porque en ella desembocan la vida de politiqueros y ricos de provincia, tahúres, madamas con sus prostitutas, travestis y homosexuales, extranjeros nacionalizados y el escenario de fondo de dos guerras mundiales.

³ Esta parte recoge fragmentos de mi reseña "Disfrázate como quieras: la historia como vértigo y crucigrama", en Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica, 1, 2005, pp. 158-166.

Ramón Bacca, en *Disfrázate como quieras*, crea un caleidoscopio de personajes ambivalentes y ambiguos mediante abigarradas 203 páginas, pues las historias cruzadas con más de 15 personajes principales y no menos de 20 personajes secundarios, confluyen en un argumento que se crece con espíritu de árbol de muchas ramas y raíces. Bacca Linares no quiere contar nuevas historias épicas con regodeos y morosidad descriptiva ni dramatizar tragedias: prefiere melodramas en contextos históricos de tonos bajos donde los personajes se busquen a sí mismos —o se olviden—, a pesar de quitarles parte de su faramalla existencialista y cualquier búsqueda cognoscitiva. Aquí cobra sentido uno de los epígrafes de la novela, el de Voltaire, cuando dice que “El secreto de ser aburrido es decirlo todo”, aunque a veces no se cumpla siempre, Bacca Linares sabe cómo esconderlo. Por ello, elipsis, tramas y explicaciones insinuadas mediante narraciones indirectas, contribuyen a evitar un texto de mayor volumen —que sería algunas veces necesario para ilustrar no sólo al lector sino para degustar su prosa. Se trata de desdramatizar, de rebajar lo alto a lo bajo. Contar en tono menor aquello se desea destronar.

Con el trasfondo del carnaval de Barranquilla, bajo la mirada de un testigo excepcional al comienzo, el profesor Clemente Narro —uno de los alter ego del autor—, miope más que bizco, que por su misma mala vista dilata los interrogantes de la intriga, observa de manera borrosa los asesinatos de Jerónimo Carazúa, alias *Savonarola*, y de Mécoro Montes, mientras el asesino huye por el tejado del hotel. Al fondo, y por muchos días sonará el tema “Era Marta la reina”, como un *leit motiv* que genera más de una asociación entre personajes y narradores. Justamente, la novela es una red de asociaciones y homenajes, de juegos y chistes personales, resultado de una concepción de la literatura híbrida, excéntrica y abierta, carnavalesca, que comienza en Barranquilla, pero que se ramifica de la misma manera que la memoria hacia la Costa Caribe colombiana. A diferencia de *Deborah Krue* y *Maracas en la ópera*, del mismo Bacca Linares, donde el espacio regional es la base de la historia, con algunos fogonazos de viajes temporales hacia el pasado, que se recuerdan sin muchos detalles, *Disfrázate como quieras* abre más fronteras: Bruselas, Madrid, Berlín y Shangai, entre otras.

Disfrázate como quieras hace parte de esa literatura latinoamericana contemporánea de los fracasados y del desplazamiento (interior y exterior), ecos de los Henry James, Edgar M. Forster, James Joyce o Joseph Conrad quienes, como en la

actualidad Pedro Juan Gutiérrez y Alberto Fuguet, para mencionar solo algunos, hacen de la literatura un exilio escritural y temático. Pero a diferencia de *Los detectives salvajes* de Bolaño, o *Los impostores* de Octavio Gamboa, el peregrinar de los personajes de Bacca es libresco y cinematográfico, más de quietud de estudio y pantalla que vivencial. Coinciden en la ironía, en la burla a la academia y a los académicos, en fin, a la cultura letrada. En esta novela, como en el caso de los dos narradores mencionados, la literatura del desplazamiento ya no busca lo cosmopolita sino fusionar lo regional, lo local y lo mundial, en un diálogo que busca la hibridez y la desentronización, rehaciendo y coloquializando la cultura que llega al Caribe, canibalizando bruñidamente, a través de un ritmo proliferante, en el que novelista se solaza ladinamente, de allí que coincida con lo señalado por José Vilahomat:

La elección de héroes menores como sujetos de la enunciación discursiva (artistas, falsos detectives, prostitutas, alcohólicos, jóvenes ingenuos y todo tipo de personajes marginales, contribuyen notoriamente a estructurar la sátira menipea que apunta a visualizar el desorden social en Latinoamérica. Además, la ficción menipea radica en “literaturizar” lo “feo”; de esta manera se opone al discurso oficial (p. 14, citado de González Hernández, s/f, p. 61).

Hay una lucha para mostrar lo posmoderno (aunque el mismo autor expresó que no sabía qué era eso), la lucha o la traslación entre (de) lo alto y lo bajo, un homenaje a la cultura popular, al cine mexicano y a las divas norteamericanas: Luis Buñuel, Greta Garbo, Rita Hayworth y Marilyn Monroe aparecen y se reflejan en un largo espejo intertextual donde aparecen la burla y la erudición de tipo borgiano a ritmo de bolero o mambo. De esta manera, algunos de los personajes femeninos reencarnan o preceden a las estrellas norteamericanas. La máscara, la música, el Caribe y la mamadera de gallo forman parte de la autorreflexión literaria, como cuando escribe Nakonia en su columna, dando la clave compositiva de la novela: “A veces me confundo porque el escenario y la acción parecen de tragedia griega, pero cuando se echa el cuento termina uno empleando una jerga de película mexicana” (2002, p.157). Esa confusión conlleva mirar desde lo otro, desde la risa sardónica de la gracia que desentroniza lo serio, dándole un cariz risueño, ambivalente.

Esta es una novela délfica donde la máscara es una metáfora que oculta el enigma de Edipo, el de Electra, Eros y Cibeles y destaca las dos caras de Jano, sólo que

Ramón Bacca a esos dramas griegos les devana las contradicciones existenciales y las desmitifica. Como en el personaje narrador de la novela *El cadáver de papá*, de Jaime Manrique Ardila, y en la propia poesía de éste, la homosexualidad es registrada como un fenómeno oculto.

Al final, lo que se observa es una literatura-coctel en la que las capas históricas son permeadas por las diferentes voces y acciones, modos y estilos, en trance de burla. Pero, sobre todo, se observa en estos textos comentados, la búsqueda de la libertad. Allí donde trascendencia se detiene, la risa, lo farsesco se apodera de la trama y de estos personajes. Son historias dolorosas, signadas por una risa de libertad: autonomía y creación se conjugan, pero acá la risa es una mueca del duelo, de la melancolía, del *spleen*. Los personajes descargan sus resquemores, se liberan, aunque parezca una risa fría, sarcástica, algunas veces irónica, como en Bacca Linares.

En este sentido, las propuestas ficticias descritas en estos textos procuran hacer reír más a los sabios que a los necios, pues la absurdidad y la sátira menipea que encarnan a través de lo cómico-serio se turnan para burlarse de la sociedad, de sus valores, de sus vicios de poder, de la apatía social. En la noveleta de Marvel Moreno, “La noche feliz de Madame Yvonne” o en *El cadáver de papá*, de Manrique Ardila, la sátira se solidifica como una denuncia escandalosa del anquilosamiento de la sociedad, del poder dominante y sus contextos históricos-económicos. Representan una lucha, un grito de resistencia, en esta última obra y en la de Bacca Linares, donde la liberación homosexual constituye una liberación sardónica contra los “reglamentos” establecidos. Allí la risa oscura y profunda de los escritores expresa y censura mediante la risa oculta de los “otros”, que solo aceptan el sexo binario. Esa “seriedad” ata la emancipación, mucho más en los años 70 y 80 del siglo pasado, cuando los patrones sociales reaccionaban de manera sórdida y crítica contra lo homo, lo trans, lo *queer*. Por ello, estas narraciones ríen de la falsa autoridad, del autoengaño, mostrando que reír del Mundo, de la Carne “prohibida”, del Infierno de cualquier religión, despoja al ser humano de su vergüenza, de la “conciencia”, dando paso al cuerpo liberado. Con ello, todo enmascaramiento, toda mascarada, explora el universo de la carne como ser, del cuerpo como libertad, como emancipación de la sangre. Mientras la seriedad unidimensional de la modernidad y su moral establecida niegan al “otro”, el hallaz-

go de la risa bajtianiana como ideología o como mecanismo, desenmascara esa circunspección como pura negación y señalamiento de su vacío de/ante la vida.

Los cuentos y relatos de este libro

Cuando se leen las historias escritas por los estudiantes y los docentes Alejandro Espinosa y Adalberto Bolaño, no hace uno si no pensar en las diferentes perspectivas con que es leído y recreado el carnaval: fiesta, sarao, música, comicidad, tragedia. Pero adoptemos dos, inicialmente, retomando el concepto del RAE citado antes: farsa y comparsa de máscaras.

No obstante, estos cuentos y relatos de los publicados, nos conducen a una risa seca, atragantada, tragicómica. Y, por otro lado, también al enriquecimiento de datos sobre esta celebración, como lo desarrollan algunas historias. Así mismo, permiten ver cómo el destino se cruza en muchas de esas vidas ficcionalizadas para conducirnos a una representación del ridículo y el dolor, al desahogo y a las oportunidades de redención, entre otras. Detrás de todo está la máscara que no quiere decir su nombre, porque el enmascaramiento surge como una suerte de “re-traducción” de la realidad, una necesidad, pues, en términos bajtinianos, se observa una representación del “yo-para-mí”, que es rebasada hacia el “yo-para-los otros”. Quiere decir, la naturaleza comunicativa y narrativa de los estudiantes es relevante. Hay, entonces, un espejo detrás del espejo, desde diversos horizontes, pues no solo es contar sino decir algo más.

Lo anterior puede verse en las historias referidas a las negritas puloy desde una visión dolorosa, como en “Una leyenda llamada cumbia”, o “La historia no contada de la negrita puloy”, cuyas versiones sobre el origen de este popular disfraz se contradicen aparentemente, pero que en realidad son complementarias. Y, en este sentido, muchas de las historias que tendrá ante sus ojos el lector, contienen parte de los disfraces de las carnestolendas: la ya mencionada “Una leyenda llamada cumbia”, con su expresión musical del Caribe colombiano, que recuerda, en el trasfondo, los caminos que ha tenido esta interpretación artística. Respecto a las marimondas, no habría que explayarse sobre este disfraz, pues sus orígenes e historia se encuentran en dos de los cuentos presentados. Como también la historia de “Son de negros”, cuyo sentido e interpretación del narrador del cuento, lo atribuye a Barranquilla (o lo ve en la ciudad, adaptándolo), pero que es una

muestra de la mayor transversalidad que cruza estas historias de los estudiantes: liberación, vida, música. Estos representantes del carnaval, es un resumen de que “Son de negros” es el signo de la rebeldía de los guerreros del Caribe colombiano, compuesto por “varias cuadrillas de ‘negros’ danzantes que ritualizan y recrean los espacios de convivencia de las antiguas tribus guerreras del Congo, originario de África” y recoge los “orígenes de una cultura ancestral gestada en los antiguos cabildos negros cartageneros que más tarde se constituyeron en palenques (lugares de comunidades negras) asentados desde tiempos remotos en la depresión del Canal del Dique en el Bajo Magdalena” (Pérez Herrera, 2010, p. 1, en línea).

En igual sentido, “El último carnaval” y “Santa sepultura a Jose”, transcriben muy elegantemente lo que pasa el último día de esta festividad a este símbolo del cierre de la relación de la vida, la muerte y futura resurrección del emblemático personaje. Y hablando de resurrección y muerte, algunas de estas historias acuden a la doble máscara de la vida y la muerte, de la tragedia y la comedia, de la celebración y el dolor; la asechanza que surge como símbolo negativo, tras la cual se encuentra la vida.

Pero dejemos que sean los lectores los que disfruten de estas narraciones. No nos adelantemos. Cada una de ellas amplía un universo contradictorio, donde la familia, el jolgorio, la historia del carnaval, sus sentimentalidades, su disfrute, su música, su tristeza, su redención y vida nos alejarán de este mundo que nos lleva, a pesar de todo, a celebrar.

El desdoblamiento del sujeto: componente semiocrítico

El ser humano es un crisol de sus mundos internos y externos. En él convergen ambos mundos y afloran consciente o inconscientemente en su comportamiento cotidiano y extraordinario en las prácticas sociales en las que participa. De esta manera, se transforma, a partir de esta convergencia, en un texto semiosférico, en el cual su cuerpo actúa a manera de intertexto entre su mundo interior y exterior, como una especie de traductor. Las improntas de ambos mundos, el íntimo o privado con su mundo primordial, afectos, sentimientos, emociones, subjetividades y demás privacidades e intimidades, por un lado, y las del mundo exterior con sus particularidades contextuales (sociales, económicas, ambientales, políticas, artísticas y religiosas), identifican, delatan, revelan al ser que las genera y circula en su interior. En toda interacción comunicativa o práctica discursiva estas huellas marcan la presencia del sujeto enunciante a través de los rasgos distintivos de sus mundos interior y exterior, las cuales pueden verse a manera de determinaciones contextuales y subjetivales presentes en el discurso.

Esto ocurre no solamente en las situaciones dialógicas sino también en el monólogo a manera de la instancia enunciativa. Esas huellas distintivas del sujeto enunciante se pueden dar de dos formas: consciente e inconscientemente, y la aparición entre ellas es conocida como desdoblamiento del sujeto enunciante, la cual puede ser intencional y no intencional (inconsciente), pero siempre es temporal. Este fenómeno humano tiene sus raíces en la escisión del sujeto en el proceso psíquico del pensamiento y aflora en el proceso discursivo; es decir, en el momento en que el ser se apropia de la lengua, y ésta de aquél. El sujeto enunciante actúa como portavoz tanto del yo como del inconsciente de acuerdo con la teoría psicoanalítica de Lacan (1958), por la cual el sujeto del enunciado (el Yo/el Ego) se distingue del Yo de la enunciación (Yo del inconsciente). Para Lacan (1958) la acción de hablar y escribir (enunciación) contiene un significado en sí misma, aunque las palabras dichas o escritas (enunciado) no lo tengan. Esta idea lleva a

la diferenciación entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado. De allí su famosa expresión: “Por eso cuando hablo de mí no soy el mismo del que hablo”. En ese sentido, para Kristeva (1988),

La teoría del sujeto hablante como un sujeto dividido (consciente/inconsciente) intentará especificar los tipos de operación característicos de los lados de esta división; exponiéndolos, es decir, por un lado, a procesos biofisiológicos (ellos mismos ya son parte inevitable de los procesos significantes; que Freud etiquetó como “pulsiones”) y, por otro lado, a restricciones sociales (estructuras familiares, modos de producción, etc.) (p. 183).

A partir de esta apreciación, se pueden advertir las dimensiones individual y social, ética y moral, normatividad y anomia, Ello y Súper Yo, en las que se desenvuelve el sujeto enunciante en las variadas actividades de la acción humana. Al momento de enunciar, de manifestarse a través del discurso, el ser se está posicionando en el mundo (así lo hacen los estudiantes con su lectura del contexto). Al mismo tiempo, está tomando distancia del mundo y de sí mismo. Visto de esta manera, el desdoblamiento se puede manifestar en diferentes planos: sujeto-objeto, signifiante-significado, enunciación-enunciado, Individual-Social, Ético-Moral, Ser-Deber ser, Real-Imaginario, Pensar-Actuar, Ello-Súper Yo, Imaginario-Simbólico, Cuerpo-Espíritu/Alma, Nombre artístico (heterónimo/pseudónimo)-Nombre real. Por consiguiente, el sujeto de hoy es el resultado de una nueva explosión cultural mediada por el tiempo y el espacio donde lo impuro se acepta como puro, lo incorrecto es correcto, y lo malo pasa por bueno. Se revela como la nueva sociedad, producto de la ambivalencia y el desdoblamiento natural. Así,

El desdoblamiento de la función autor en tres alter egos, que a su vez son personajes, permite discernir la intimidad del acto de la conciencia crítica en una novela que se pretende develar como misterio. Es un cúmulo de voces, pero enmascaran una voz oculta tras el rumor de los personajes, la voz del autor. Cada una de sus máscaras representan los enmascaramientos de una sociedad que ni siquiera se define a sí misma, mucho menos podrá definir a los sujetos que la componen (Montero, 2009, p. 84).

Visto desde la generalidad, el desdoblamiento del ser es una condición humana universal y perpetua, que lo acompaña desde la cotidianidad hasta las situaciones extraordinarias. De esta manera, puede verse, por un lado, como un mecanismo de defensa para esconder sus debilidades, carencias, vicios, y, por el otro, a manera de estrategias que le permiten mostrar sus fortalezas reales y deseadas. Así

mismo, el desdoblamiento como proceso síquico está presente en todo acto de pensamiento y acción comunicativa. En el caso del acto creativo, como instancia comunicativa, obedece a leyes, según la lógica de sentido del inconsciente, la cual es determinada por la intencionalidad del sujeto creador, quien la utiliza a manera de dispositivo artístico para presentar o representar situaciones en diferentes planos: real-imaginario, histórico-representado, contextual-privado.

En consecuencia, esa transformación del sujeto no solo pertenece a la época de Bajtín (2003) y su carnaval, sino a la realidad circundante actual, a lo que Caillois (2013) manifiesta que puede conducir a aplicaciones totalmente opuestas, a una metamorfosis del ser por querer cambiarlo todo para ser diferente e innovador. De esta manera, el carnaval como experiencia cultural, es una oportunidad de la que dispone el ser para manifestar esas múltiples facetas humanas, pues

[...] en el ambiente del carnaval se representaban los misterios. Tal y como ocurría en las fiestas agrícolas, como la vendimia, que se celebraban de igual forma en las ciudades. La risa acompañaba las ceremonias y los ritos civiles de la vida cotidiana. De manera que los bufones y los tontos asistían siempre a las funciones del ceremonial serio, parodiando sus actos. De igual forma, proclamaban los nombres de los vencedores de los torneos, ceremonias de entrega del derecho de vasallaje, de los nuevos caballeros armados, etc. Ninguna fiesta se desarrollaba sin la intervención de los elementos de una organización cómica (Bajtín, 1987, p. 5).

En ese sentido, en Lipovetsky (2011) existe también una preocupación por describir al sujeto vacío, efímero, frívolo, superfluo, características de la época; qué hace y hacia dónde se proyecta con su misión moderna, que lo lleva hacia un camino sin regreso, sin lo estésico, apegado a la moda, lo que no tiene sentido para otros, pero para esta generación es innovador y lleno de significación. Esa es “la nueva inversión mundana que se encontrará también en la moda y que contribuirá a su establecimiento [...] la faceta frívola de ese nuevo amor por las apariencias y el espectáculo del hombre, que se produce en Occidente” Lipovetsky (2011). Por ello, se presenta una

[...] sorprendente inversión: los hombres maduros dedican ahora más tiempo a sus cuidados personales que las mujeres maduras. Hombres y mujeres abandonan comportamientos antinómicos en materia de cuidados personales y apariencia; la fase de disyunción máxima de los sexos se ha borrado en favor de una de-

mocratización narcisista debido, especialmente, a la intervención del imperativo juventud (Lipovetsky, 2011, pp. 73-138).

La concepción anterior reafirma qué realizaron los estudiantes desde su mirada crítica y cómo desde su concepción cultural escribieron los textos que hacen parte de su cosmos, para develar formas complejas que están inmersas en sus isotopías de la vida. Por ello, Gadamer (2000;2001, citado por Pardo, 2007) explica que la función del lenguaje radica en cómo entendemos el mundo, pues “las cuales son consecuentes con un carácter variable en su constitución por parte de los sujetos. De modo que la base para el abordaje del lenguaje no es el habla sino el entendimiento” (p.26).

La experiencia con los alumnos

Escribir con los estudiantes fue una actividad fascinante; es compartir con ellos el mundo de lo inesperado, de la sorpresa, quiere decir: conlleva ver los resultados en un laboratorio con el microscopio, las células, los organismos extraños y diferentes a los que estamos acostumbrados a ver en la naturaleza. Por ello, conversar, revisar, borrar y escribir, nos permitió conocer a fondo los vericuetos del texto, sus angustias y misterios, de ahí que con el método semiocrítico pudimos ahondar en lo que se dice o se deje de contar en él.

El método semiocrítico es amplio, cómodo para nuestros intereses críticos, con relación a lo que nos quiere decir el texto, pues

sustentado en el paradigma sociocrítico, se percibe esa simbolicidad comunicativa marcada por lo estético y el cuerpo, que mediante la construcción del sujeto carnavalizado o sujeto plural, tiende a implosionar dentro de las realidades sociohistóricas, en las cuales se desarrollan las acciones del carnaval, de ahí que se propongan modos alternativos de interpretar/leer los diversos acontecimientos convergidos por las variables de lo sagrado y lo profano; sistematizadas estas, a través de los espacios de la representación corpórea y los mecanismos deconstructores para crear resignificaciones estético-subversoras y anteponer ante los cánones ético-morales establecidos, otras formas de argumentar desde la parodia e ironía (Espinosa y Hernández, 2020, p. 240).

De ahí esta propuesta, la cual representa unas narraciones que describen el modo de leer el carnaval los estudiantes; cómo desde su contexto, el carnaval o Barranquilla, permiten entender cómo piensan los sujetos de la fiesta, por qué se disfrazaba la gente, qué hacen en esos cuatro días de desdoblamiento donde la gente se pierde en las reglas de la sociedad (sagrado) para entrar en las suyas (profano), y ser lo que querían en la vida.

Leer y escribir con los jóvenes, es la apuesta que corresponde con la propuesta de Bazerman (2013), relacionada con escribir a través del currículum⁴, la cual nos

4 En atención a ello, cumplimos con lo que se plantea en el decreto 1330, pues es necesario desde las Condiciones Institucionales de Calidad, "La Institución deberá dar cuenta de la existencia, implementación, aplicación y resultados de la política institucional en el orden de lo académico asociado al currículo, resultados de aprendizaje, créditos y actividades". (Ministerio de Educación-Conaces)

permitió entender sus lecturas, pues leyeron a Gabo, Borges, Rulfo, y se internaron en sus preferencias isotópicas para conocer qué y cómo son los sujetos en su contexto, momento histórico que los representa para siempre como una cultura diferente, propia y con su manera de proyectar su lectura de mundo.

Por lo anterior, los estudiantes seleccionaron los temas que hacían parte de su entorno, y dónde estaban representados. Leyeron las noticias de los periódicos locales, la Tv, noticieros, revistas, en fin, buscaron todos los medios para conocer en detalle cada momento histórico. El procedimiento era deconstruir la realidad y representarla en una narración corta, pero enfocada hacia cómo se leía; por ello escribieron desde su línea imaginaria, pero también a partir de la real, pues la realidad es la proyección perfecta de lo que nos inquieta e inspira para escribir.

Además, sustentaron con sus narraciones cortas los esquemas del enfoque semiocrítico, pues deconstruyeron los textos de la realidad a partir de lo intratextual, revisaron su circulación social; establecieron las relaciones de significación y las lógicas de sentido a partir de las variables de lo sagrado y lo profano. Es por tanto un abordaje semiocrítico porque se está privilegiando la interacción de los mecanismos semióticos con la interrelación del texto, consigo mismo, otros textos y los contextos; lo que significa la relación crítica que tiene un texto con otro, pues los mecanismos semióticos se refieren a la adquisición de lo simbólico dentro y fuera del texto.

Emplear el análisis semiocrítico del discurso permitió comprender la estructura y funcionamiento del discurso de los textos como macrouniverso simbólico contextual, espacio-temporal o sociohistórico, es decir toda una semiosfera de la cultura como lo postula Lotman (1996).

Con el análisis semiocrítico se busca identificar en el texto aquellos aspectos del pensamiento y comportamiento humanos que permanecen invariables en el tiempo, que escapan del encasillamiento histórico, que en palabras de Ricoeur (2001a), es lo transhistórico, entre los cuales se incluye la capacidad de diálogo, la acción y el sufrimiento en una realidad interpretable, es la posibilidad de memoria; por tanto, con capacidad narrativa. Asimismo, es la capacidad del ser humano para discernir lo bueno de lo malo.

El contexto como texto

[...] un texto que termina de romper el “escritocentrismo” y da apertura a la traducción de las voces perdidas y de su vivacidad y flujo constantes. Así mismo, el texto recoge tanto la construcción simbólica de la región como la identidad lingüística característica de una comunidad. (Bolaño, 2012).

El carnaval es el espacio donde se revelan todos los momentos, acciones y desdoblamientos del ser caribe, pues desde ahí se pueden ver cómo los sujetos toman el carnaval para representar su otro yo, lo que no pueden ser en realidad, pero que desde la fiesta todo es normal.

En ese sentido, los cinco macro actos⁵, se construyen sobre “la parodia de la vida ordinaria” (Bajtín, 1987: 13); cada día es diferente en colorido, bulla, disfraz, fandango, desfiles multicolores y comparsas. Son macro actos porque son unidades culturales que amplían la fiesta por la participación espontánea del pueblo. Dentro de la fiesta sobresalen las mascaradas, porque son sujetos enunciadore de un discurso de denuncia, enmarcado dentro de la burla y la ironía, lo que representa “una crítica directa al gobierno para que corrija lo que hizo mal, enterar al pueblo de las cosas indebidas que se mantienen ocultas” (Ramos, 1999, p. 20).

⁵ Como propuesta, se plantea que el Carnaval sea de cinco días, pues la Guacherna hace parte de esta festividad, y esto permitiría que los eventos se presenten con mayor tranquilidad, y los sujetos no lleguen agotados hasta la Casa del Carnaval. Por tanto, la Guacherna podría ser temprano, en el día como los otros eventos.





Fotografia: Aleidys Coll M.



A group of people in elaborate costumes and masks, including skeletons and a devil, at night. The scene is lit with bright, warm lights, possibly from a fire or stage lights. The costumes are dark with white and red accents. The masks are highly detailed, with some showing skeletal features and others showing more monstrous or demonic traits. The people are holding up their masks and costumes, creating a dynamic and festive atmosphere.

Mascaradas

Fotografia: Aleidys Coll M.

MASCARADA UNO

Una leyenda llamada Cumbia

Alexandra Martínez

alexandra.martinez1@uac.edu.co

Danna Castro

danna.castro2@uac.edu.co

Marolyn Lora

marolyn.lora@uac.edu.co

Ludys Quevedo

ludys.quevedo@uac.edu.co

*“De los tiempos más difíciles nacen historias de amor
que quedan marcadas para toda la vida”.*

Así, de esa forma, termina la última línea de la carta que me dejaron mis padres al morir. Esta carta pasa de generación en generación, y aún se siente tan sólida como el último abrazo de mi madre antes de cerrar los ojos para siempre.

Desde mi ventanal veo la lluvia caer, las gotas de agua se resbalan por el vidrio de las ventanas al igual que mis lágrimas por mis mejillas. El frío se impregna poco a poco en mi cuerpo, envolviéndome en su delicada sensación de escalofrío. Me siento tan sola en esta casa, llena de recuerdos; unos muy buenos y otros no tanto. Aquí viví toda mi niñez, llena de amor por mi familia; desde ese entonces me enseñaron que el carnaval es más que una fiesta, es la representación de miles de personas que lucharon día y noche por ser libres.

El carnaval en mi familia es un legado que tiene que ser respetado y tan amado como nuestra propia vida, es lo que más no ha unido. Ahora soy yo quien tiene que llevar al corazón de los míos esta historia.

Yo soy Cumbia, es el nombre que nos designan a cada mujer que nace en la familia cada diez años. Sí, es extraño, pero esto es más que un nombre, es representar

la historia de una pareja que luchó cada día de sus vidas para conseguir la libertad, un amor en tiempos de sufrimiento.

Llevo con honor este legado, y me gozo cada año las fiestas que representan miles de historias que se vivieron en un pasado. Para mí, más que una fiesta, es llevar en mi sangre la valentía, la lucha y la esperanza; esta soy yo, una de las hijas de la Cumbia.

Durante estos diez años seré yo la encargada de llevar a los corazones de las personas la historia que se ha llevado de generación en generación. Al son del tambor, la gaita de millo y la flauta, todos contamos con el ritmo de la música, los orígenes de este hermoso baile.

Me gusta recorrer las calles de la ciudad; para mí, ver las emociones de las personas, es lo que me hace llevar con orgullo mi traje, como el rojo representando la sangre que se derramó para poder soportar las injusticias, el maltrato y la cobardía de quienes imponían leyes en un territorio que no les pertenecía. El blanco, símbolo de esperanza y de paz, y las velas, una luz al final del túnel.

Cada noche, al llegar a casa siento un enorme vacío, veo al mi alrededor y no logro percibir un ambiente agradable, a pesar de que viví la mayor parte de mi vida aquí. Entonces, siento que ya nada tiene sentido. Los cuadros de mi familia están colgados en las paredes, un poco agrietadas; al verlos, me llena de nostalgia. Me preparo un té para relajarme y me siento frente a las ventanas de mi cuarto; desde el segundo piso miro la luna o las nubes tapándola; solo así puedo conseguir un poco de tranquilidad.

Espero con ansias la mañana siguiente, mientras, me arropo con las sábanas blancas de edredón y pienso, con un poco de tristeza, que los días del carnaval pasan volando, pero mi consuelo es que la recompensa que obtengo cuando bailo la cumbia es inigualable; miradas, sonrisas, coqueteo, persistencia, valentía, amor: todo lo siento como si fuese yo quien lo hubiera vivido.

“Entre abuso y dolor, quedaba una pequeña gota de esperanza que nos hacía seguir cada día”. Recuerdo esa frase de la carta que dejaron mis padres donde me relataban la historia que vivieron mis antepasados cuando los españoles los capturaron. Era increíble leer el maltrato que vivían, y a pesar de esa esclavitud, su esperanza de vida seguía intacta.

Esa pequeña gota era el amor que creció entre dos esclavos, una indígena y un afro. Un día cualquiera los españoles compraron un esclavo afro y lo llevaron a su propiedad para ponerlo a trabajar en las tierras. A su llegada, se asombra al ver el largo cabello y la hermosa escultura física de una cocinera, con unos ojos pequeños, pero donde lograbas ver la tristeza a metros de distancia. Ese mismo día, al anochecer, el afro procedió a entrar sigilosamente a la cocina para conocer a esa bella mujer que lo había dejado anonadado. Claramente esto podría costarle la vida, pero no lo pensó dos veces y se adentró en la propiedad.

Cuando voltea, de repente, la mujer da un salto, él tapa su boca para que no grite y procede a calmarla lentamente. La mirada de ella quedó impregnada en los ojos del afro: fue una conexión instantánea, que ni el mismo universo podría evitar. Fue así cómo cada noche, después de sonar la campana del pueblo, él llegaba a visitar a la indígena que lo había enamorado perdidamente. Pero no todo fue color de rosas, pues su fugaz amor había sido captado por la esposa del patrón y corrió a contarle a su marido sobre la bochornosa escena que había presenciado. En ese preciso momento, llega el español y los encadena con los pies, juntos en una choza a las afueras de la propiedad con frío y sin alimentos.

Pasan noche tras noche y ellos siguen encerrados por culpa del amor que no pudieron evitar. Al parecer, en el pueblo tenían un pequeño festival y en la choza se escuchaban los leves sonidos de la flauta y el tambor. El afro se para e invita a una pieza de baile a su indígena; ella, riendo, por no decir llorando, le dice que es imposible bailar con las cadenas, pero de igual manera le pide que lo intente. Al compás del tambor y los leves movimientos de cadera, junto a los pasos suaves de los pies... nace la cumbia. Entre cadenas y ritmo, amor y sufrimiento, le da inicio a uno de los bailes más importantes de nuestro carnaval.

Mi piel se eriza al terminar de leer la carta y no puedo resistir llorar con cada línea. ¿Así es como nace el baile que me hace sentir en cada vena la gaita del millo? Un año más de carnaval se avecina y más que nunca me viviré cada paso como si fuese esa indígena junto a su afro. Como si no fuese a terminar nunca y solo vivir el momento.

Mi vida es un carnaval cuando puedo transmitirle a las personas lo que llevo en mi sangre. La alegría de ellos me hace sentir como si fuera un niño cuando le regalan

un juguete nuevo. Mi más grande motivación es sentir la vibra de la gente en las calles cuando el sol está en su máximo esplendor.

MASCARADA DOS

Sorpresa feliz

Alejandro Espinosa Patrón

Universidad Autónoma del Caribe
alejandro.espinosa@uac.edu.co

Se sentó en el borde de la cama de matrimonio para organizar su vestido de carnaval. Lo hacía todos los años con mucha delicadeza. Empezó a poner sobre su lecho el disfraz que siempre empleaba para celebrar la fiesta. Primero, la máscara de color amarillo, la capucha, el traje con botones grandes, y, por último, la varita para señalar a la gente y mamarle gallo durante su juego de burla. Recordaba con mucha nostalgia esos momentos de su trágico matrimonio.

El sábado salió con mucha alegría a disfrutar los cuatro días del carnaval más visitado de Colombia. Entraba solo a las verbenas y señalaba a todos los disfraces que estaban para la ocasión. Cansado de tanto caminar, llegó hasta una caseta del Barrio Abajo, “La siempreviva”, y miró los disfraces de monocuco guayabero que estaban en todas partes. Eran varios. Seleccionó uno de tantos, le tocaba la capucha verde con su varita de totumo seco, le hacía ruidos con la boca, juju, juji, juju. Los asistentes seguían bailando, la gente estaba en modo carnaval, y nadie le prestaba atención a lo que hacían los demás.

Entre la bulla de la fiesta, las comparsas de los hombres sin cabeza, las pea pea y las marimondas, compartían cerveza y mucho licor, pero no se cansaban de tocarse con la varita y mofarse entre ellos. El calor era insoportable.

A las once de la noche los grupos se cohesionaban más, gritaban, saltaban y saludaban a los asistentes como si fueran reinas de belleza. La pareja de monocucos guayaberos hacía ruido, señalaba hacia un lugar de la Avenida 43, muy cerca de una casa abandonada de estilo republicano; llegaron raudos al lugar, se miraron

entre sí desde los pequeños intersticios que dejaban ver las máscaras del disfraz. No se las podían quitar, se abrazaron y besaron con mucha pasión en la oscuridad de la noche; al final, cuando el calor del momento pasó, lograron quitarse los disfraces, lentamente, poco a poco, de pronto, un grito, sordo, fuerte, como si hubiese venido de la caverna Madre de Dios, retumbó entre las paredes añejas:

- ¿Fabricio, eres tú?

- ¿Marina, tú? te hacía muerta!!!

MASCARADA TRES

El último carnaval

María José De la Hoz Flórez

maria.delahoz4@uac.edu.co

Carlos Payares Ledesma

carlos.payares1@uac.edu.co

Carmen Quintero García

Carmen.quintero5@uac.edu.co

Adrián Téllez lázaro

Adrian.tellez@uac.edu.co

Barranquilla se encontraba adornada de aquella brisa característica de la época de carnaval; gracias a ella, hasta un invidente se daba cuenta en qué época del año se encontraban. Joselito vivía y respiraba por estas fiestas, las ansiaba y disfrutaba más que nadie. ¿Y cómo no? Como buen barranquillero, no se hallaba de la felicidad. Pero, ¿quién iba a pensar que este sería su último carnaval?

Luego de dejar su casa aquella noche, se dispuso a caminar alegremente por el andén de su adorado barrio. Todo el que pasaba lo saludaba, pues él era el alma de la fiesta. Mientras caminaba, notó una presencia que lo seguía a cada paso que daba.

Volteó de manera brusca, y al hacer esto, las luces se apagaron, y el silencio reinó en la atmósfera. Vio en las sombras la silueta fina y delgada de una mujer, sombría, sensual y misteriosa. Dicha silueta caminaba a paso lento en su dirección y en sus manos llevaba una botella de licor. Al estar a una distancia considerable, la mujer se detuvo. Con gracia, le extendió la botella y le dijo:

— Al acabar la botella, terminará tu tiempo. Debes volver conmigo.

Sujetó la botella entre sus manos, con gran fuerza. Luego de eso, la bonita silueta desapareció en la nada, y todas las luces y la música cobraron vida de nuevo. En ese momento lo supo: debía disfrutar tanto como pudiera, pues su tiempo estaba acabando.

No vaciló en ningún momento, ya que si era su ultimo carnaval, debía ser el mejor que sus ojos hubieran admirado, el que más hubiese disfrutado. Sabía perfectamente qué hacer. Despedirse de la vida no era tarea fácil, sentía que aún tenía un mundo de experiencias por vivir, pero la vida es así, y al son que te toquen debes bailar. Eso lo sabía de sobra: iba a aceptar a la muerte como un hombre; despediría sus últimos momentos de vida como mejor sabía hacerlo.

No perdería el tiempo. Formó el escándalo más grande que se había podido escuchar, todos los vecinos salieron de sus casas, con maicena y grandes cantidades de botellas de licor para entrar en ambiente: la música sonó más fuerte de lo normal, y la alegría desbordaba en la calle.

Todos veían felices aquella actitud desbordante, característica de Joselito: era un hombre lleno de buena vibra y amor por la diversión, y es que en el barrio no había nadie que no supiera quién era el hombre más fiel al carnaval.

Las mujeres, con sus movimientos de cadera, sus ropas carnestoléndicas y llamativas, sus cálidas auras. Los hombres divertidos y vigorosos. La brisa, la maicena y la espuma, juntos eran una fusión para crear la armonía perfecta, la feliz despedida para así ir a su eterno carnaval. San Pedro lo esperaría en la entrada y lo acompañaría a disfrutar su eternidad en otro lugar. Aún no era el momento, pero le era imposible no pensar en lo que sucedería al tomar el ultimo trago de esa botella.

La noche transcurrió entre un ambiente de diversión, mientras Joselito bebía de la botella y bailaba como si no existiera un mañana. Le fue imposible no recordar los carnavales del pasado, lo mucho que los había disfrutado y con quien los había compartido. El sentimiento era casi idílico, pues no se arrepentía de nada: había bebido, bailado, amado y disfrutado tanto como le fue humanamente posible.

Al percatarse de lo poco que faltaba para terminar aquel líquido, tomó rumbo a su casa. Si iba a morir, sería mientras estuviera recostado en su mecedora. Llegó a su humilde morada, y lo primero que hizo fue ponerse cómodo.

Cerró sus ojos y acercó la botella a su boca; con toda la seguridad del mundo, bebió el último trago. Fue cuestión de segundos para que la hermosa silueta apareciera para tomarlo de la mano y conducirlo a ese anhelado carnaval eterno.

Ya sabía lo que se avecinaba, estaba feliz de cómo había acabado su vida, cómo había vivido sus últimos instantes; lo iban a recordar justo como él quería ser recordado. ¿Qué más podía pedir? Ya bastante lidia había dado en el mundo. Dio el último suspiro y se dejó llevar....



MASCARADA CUATRO

Santa sepultura a Jose

Natalia Rengifo Gómez

Nataliarengifo14@gmail.com

Martes 13 de febrero de 1923, Joselito se despierta de su cama con una botella de ron colgando de la mano, con maicena en su cabello y espuma seca en su ropa. Ve el reloj y se da cuenta que son las 10:55 de la mañana, da cinco pasos, mira su reflejo en el espejo y se empina de la botella que a duras penas tenía cinco gotas contadas, pero Joselito no desperdiciaba ni una.

—Vaya parranda— se ríe sarcásticamente—. Barranquilla de carnavales. Trago, fiesta y mujeres, la vida del buen hombre – suspira y se emperifolla.

Jose sale de su cuarto con su guayabera blanca con una flor de orquídea dibujada, su pantalón de lino y unos mocasines beige, porque, aunque era pobre, vestía bien y vivía la vida alegre. Comienza a caminar por el pasillo de su gran casa en el Barrio Abajo, y por cada paso que daba, sentía cómo retumbaban las paredes y se estremecen al compás de la gaita y de los tambores, así que cambió su lento caminado por el baile, cogió tres pesos del mesón de su sala, atravesó la puerta y se hizo cómplice de la fiesta.

—Vaya, Joselo, no aprendes. No hay plata y ya vas por más trago, no sirves pa' más na' —dice su nieta Julia, mientras bañaba a su hija y hacía maromas para darle comida a los otros dos.

— ¿Plata? ¡La plata mata, mija! Ajuicia a los pelaos —responde Joselo—. Voy por unas botellas y regreso.

Joselo caminaba con tumbao por debajo de las sombras de los palos de tamarindo, y en cada casa que había fiesta, que era en todas, se detení, bailaba y tomaba trago. Al llegar a la gran casa de la esquina color mamón con el palo de almendra más grande la cuadra, lo llama una vecina, uno de los tantos amores que tenía Joselo en Barranquilla, porque su fama era bien ganada: tomador, enculebrado, parrandero y mujeriego. Él se acerca coqueteando, agarrando pierna y picando ojo, a lo que ella se separa.

—Por ahí te están buscando pa' matáte, porque tienes más deudas que quien sabe.

—Pero que me maten después de carnavales porque yo quiero es gozá, es más que se lleven a mi suegra mientras tanto, a mi mujé si quieren— responde Joselito, gritando a los cuatro vientos, mientras se va bailando con su traje de lino blanco por toda la avenida, rumbo al estadero de la esquina.

El estadero “Tatequieto” estaba tan lleno que no le cabía ni un alma, pero Joselito entra con tanta confianza que parece que las personas le hicieran reverencia y le dieran paso. A punta de beso saluda a las mujeres, y de palmada a los hombres. Ese día se encontró a más de cinco de sus amores y a todas les dio piropo diferente. Compró sus dos botellas y se fue directo a su casa.

De regreso a casa, Joselito le da un beso en la frente a Julia, saca su equipo de sonido, llama a sus vecinos, se acomoda en su mecedora y comienza la partida de dominó, porque en eso no había quien le ganara a Joselito, y es que, si de eso se viviera, él ya hubiese pagado todas las deudas, porque es que ni vendiendo la casa le daba para quedar a paz y salvo. Así fue transcurriendo el día, en medio de música, gozadera, mujeres, amigos y trago, hasta que llegaron las seis de la tarde, y se escucharon los campanazos de la iglesia de la esquina que siempre sonaban puntualmente. Al llegar las 10 de la noche todos sus acompañantes se fueron y Joselo quedó solo en su gran terraza cantando en su mecedora y tarareando embriagado. Justo en ese momento pasan dos motos, un hombre se baja y se acerca a él, lo mira directamente a los ojos y le dice que ni en esta vida ni en la otra podía pagar todo lo que debía. Fueron dos impactos de bala con una 38 Smith and Wesson, impactando respectivamente hombro y costillas. Nadie se percató del sonido y mientras tanto Joselo daba sus últimas palabras cantando la canción con una sonrisa en su cara y diciendo “La plata mata, mija.”

La música recorría todos los rincones de la ciudad. En medio de máscaras y algarrabía, el licor volaba de mano en mano. Y mientras allá afuera se vivía la fiesta, dentro de la casa de Jose todos lloraban: Julia, su nieta, había encontrado a Joselito, como le decían, muerto en su mecedor sosteniendo aún en sus manos una botella de licor.



Fotografía: Aleidys Coll M.

MASCARADA CINCO

No es mi culpa

Marianella Quintero Donado*marianella.quintero@uac.edu.co*

“No es mi culpa, sino de los malhechores que se hacen llamar estudiantes, pero que solo se divierten con el sufrimiento de los demás; no es mi culpa ser el hazmerreír de mi escuela; no es mi culpa tener orejas de soplillo para ser tratado como un elefante; no es mi culpa ser víctima del *bullying*”. Son las palabras de Mario, a 10 días de comenzar el carnaval en Barranquilla.

Mario era un joven tímido, alto, de tez un poco pálida, cabello ondulado y pelirrojo y pecas en las mejillas, voz de niño y sobre todo orejas muy separadas de la cabeza, por lo cual era objeto de burla para el resto de los adolescentes en su escuela, sin embargo, había sido invitado a una fiesta de disfraces como antelación de la fiesta carnavalera.

“¿Por qué alguien tan popular, tan divina, por quien los estudiantes más bien mozos del colegio se peleaban, iría con alguien como yo a la fiesta?” La duda lo abrumaba, pero el hecho de pensar, poder ir con la chica de sus sueños, lo hacía más decidido a participar por primera vez en una fiesta de sus compañeros.

Mario no estaba familiarizado con el ambiente, pues era un muchacho de casa, abstenido de salir por las miradas de burla que lo acechaban, sin embargo, decidido a todo, comienza a pensar en el disfraz para la fiesta, pues, más por temor a ir, su miedo se basaba en desentonar con aquella hermosa chica con quien compartiría toda la velada. Pero su familia era pobre, no contaba si no con los suficientes recursos para sus estudios y alimentación, a tal punto que jamás habían celebrado la tan esperada festividad que paralizaba cada año a la ciudad.

Pero eso no sería un obstáculo para la noche que había soñado tener; era un joven muy inteligente y creativo, quería un disfraz sencillo, pero visualmente llamativo ante los ojos de los demás. Ante la falta de prendas adecuadas, decide llevar una camisa blanca, realizando unos bordados con hilo rojo en el pecho hasta la parte izquierda debajo de su brazo, con mangas de los brazos rotas, finalizando en un color rojo, mismo color en sus muñecas como si fuera sangre; un pantalón de la época, del mismo color, cortado de la rodilla hacia abajo y una máscara de tela blanca con 2 enormes orificios en los ojos y una gran boca terrorífica pintada.

Un disfraz poco usual, por el que sus compañeros no sabrían si estaba disfrazado para carnaval o para la noche brujas, lo cierto, es que orgulloso de su disfraz. Recoge a la encantadora joven llamada Yarim, y acuden a la fiesta, la cual había iniciado. El sentimiento de carnaval estaba por cada rincón, bailes, colores, bellos disfraces, digno de todos los comentarios, que, año tras año, escuchaba en la escuela.

La fiesta transcurrió tranquila para Mario, con poco baile, pues su falta de ritmo lo limitaba a solo observar. Perdido en el ambiente, en un mundo que no era el suyo, veía la puerta con la urgente necesidad de huir, solo el resplandeciente rostro de Yarim lo detenía, algo que en su momento hubiese sido la mejor solución ante lo que se avecina.

Llegada la media noche se anunciaban a los ganadores de mejor disfraz y pareja de la fiesta. Sus ojos y sonrisa quedaron paralizados al escuchar su nombre: no lo podía creer, ¿cómo pudo ganar si no bailó?, ¿cómo pudo ganar si se limitó a solo observar? Y su disfraz no hacía competencia alguna ante los demás. Ciertamente es que no le importó, subió a la tarima con la hermosa Yarim. Todo era un sueño, pues veía las caras derrotadas de aquellos que por años se burlaron de él. Sus ojos, algo húmedos por la emoción, no ocultaban nada bajo su máscara; pero algo pasó, ya que algo recorría lentamente su percutida máscara. Su visión se tornó roja, cayendo al piso, escuchando fuertemente la risa de aquellas personas que segundos antes lo aplaudían, risas que tomaban cada vez más fuerza.

No entendía lo que había pasado, solo notó el rostro de su amada y su dedo señalándolo con burla, con poco respeto: lo compendió: había sido víctima de un plan, ya que a la altura de su cabeza notó tres cubetas que seguían goteando

agua de diferentes colores, amarillo, azul, verde, rojo. Su camisa había sido bañada en los hombros, manteniendo el color blanco del pecho hacia abajo. Su pantalón en la caída recibió todo el líquido, y entonces ese blanco resplandeciente pasó a convertirse en una mezcla extravagante.

Decaído, humillado, listo para correr, supo que era hora de decir “basta”, y entonces tomó un cuchillo para cortar su máscara y hacer dos agujeros por los cuales sus orejas pudieran salir. Como símbolo de que su miedo se había ido, la cinta azul de su premio la colocó entre sus ojos, formando una larga nariz. Pidió música, y comenzó a bailar, sin saber dar un solo paso, recorrió cada rincón de la sala pidiendo que la fiesta continuara. Estas acciones, en vez de generar el *bullying* de sus compañeros, desató la euforia, pues todos se animaron, todos comenzaron a seguir su tan gracioso ritmo. La fiesta, inicialmente empañada, se convirtió en un verdadero carnaval. El agua colorida arrojada a Mario minutos antes, comenzó a ser usada por todos. El ambiente no pudo ser mejor: Mario pasó, de ser el hazmerreír de la fiesta, a convertirse el alma de la misma.

Al día siguiente, todos comentaban lo sucedido: el hecho no pasó desapercibido, pues uno de los jóvenes era hijo del organizador del tan esperado carnaval, y por ello, para sorpresa de Mario, le llega una carta para participar en el festival más grande de su tierra: solo debía llenar los datos y enviar la carta de regreso. Su miedo había acabado, y, decidido a participar, debía hacer lo más importante: poner un buen nombre en el papel, por lo cual, sin tapujo alguno, decidió abreviar su nombre y apellidos, unificándolos en uno solo: Mario Montero Dávila (Mari-monda).



Fotografía: Aleidys Coll M.

MASCARADA SEIS

Marimondas recocheras

Laura Caraballo

laura.caraballo@uac.edu.co

Eran las nueve de la mañana y Arturo, con su máscara con orejas grandes, nariz larga y ojos redondos; con pantalones al revés, chaleco viejo y zapatos viejos, se encontraba en la terraza de su casa, borracho, esperando que fueran las 12 del mediodía para dirigirse hasta la Vía 40, donde iba a desfilar en la Batalla de Flores.

Mamador de gallo, desordenado, alegre, vacilador y, por supuesto, con muchísimo sabor. Salió de su casa en el barrio Abajo y emprendió camino hasta la Vía 40 donde iba a desfilar con su grupo “Marimondas recocheras”.

Luego de haber caminado por muchas calles, llegó a su destino, donde su grupo lo esperaba. Diego, su gran amigo, le comentó una situación:

— Arturo, el presidente de Colombia está sentado en uno de los palcos.

— Listo, Diego, gracias por decirme, estaré pendiente para hacerlo reír.

Comenzó el desfile. Ellos eran el grupo número 10 en salir. Todos tomaron su puesto y comenzaron a dar saltos, a sonar un estrepitoso pito llamado “pea-pea”. Mientras se divertían, más acercaban al palco donde estaba el mandatario.

Sin darse cuenta, llegaron al lugar y comenzaron a burlarse de la clase dirigente, lo que llevó a que el presidente tomara la decisión de llevar a Arturo y a 10 de los integrantes del grupo tras las rejas, argumentando haberle faltado el respeto a una autoridad.

Mientras iba en el carro esposado, Arturo pensó que, por sus ademanes vulgares, los encarcelaron, pues no los podían tildar de usar un vocabulario pecaminoso, ya que, por encima de todo, mantenían en su boca el pito.

Luego de llegar a la estación, el presidente habló con los integrantes del grupo “Marimondas recocheras”:

—¿Qué significa todo ese disfraz?

—Este disfraz representa al barranquillero; a ese hombre alegre, mamador de gallo, bailador — dijo Arturo.

— ¿Pensaron que iban ir a la cárcel? — preguntó el presidente.

Los 10 integrantes de “Marimondas recocheras”, asintieron con la cabeza. A lo que el presidente respondió:

— Los traje aquí porque los quiero llevar a Bogotá. Mi hija se casa y quería llevar algo que representara a cada ciudad de Colombia y qué mejor grupo que ustedes que simbolizan a la ciudad de Barranquilla.

Luego de haber aclarado todo el malentendido, se dirigieron a la boda de la hija del Presidente, después de haber pasado tres días de los carnavales. En Bogotá mostraron toda la cultura de las ciudades de Colombia, pero la que más impactó fue la cultura del barranquillero, puesto que encarnaban a esas personas alegres, bailadoras, que es el hombre quillero.

Al final de todo, los invitados de la fiesta quedaron contentos con la representación que había hecho Arturo y su grupo, lo que conllevó que el mandatario galardonara con una placa al mérito la demostración de cultura de ese grupo.

MASCARADA SIETE

La negritud que nos libera

Liskar González

Universidad Autónoma del Caribe

Liskar.gonzalez@uac.edu.co

Judys González

Universidad Autónoma del Caribe

Judys.gonzalez@uac.edu.co

Jeynnys Bolívar

Universidad Autónoma del Caribe

Jeynnys.bolivar@uac.edu.co

Alejandro Cotes

Universidad Autónoma del Caribe

alejandro.cotes@uac.edu.co

Era veintitrés de diciembre, un día antes de nochebuena. Estaba sentado frente a aquella ventana color carmesí, en donde siempre solía tomar a sorbos el delicioso café que ella me preparaba, pero esta vez sentía un sinsabor y no, no era el café, pues el café estaba delicioso como siempre. Tal vez no sentía nada porque me sentía triste y aunque todo parecía estar bien, me faltaba ella.

Cada día era más largo, las horas pasaban lentamente y su ausencia se hacía notar cada vez con más intensidad. Por las mañanas, su recuerdo me visitaba; llegaba como si fuera ese ruido atormentador de la alarma, cada día, a la misma hora.

La imagen que mejor recuerdo y que más se repite en mi memoria, es aquella de ese anhelado viaje en julio a la playa, en que se le veía feliz. Su belleza contenía el esplendor del mar y su sonrisa iluminaba más que aquel radiante sol. Cuando veníamos de regreso a casa, me expresó cuánto me amaba y me prometió que estaría conmigo lo que restara de su vida. Cumplió su promesa, estuvo conmigo hasta el fin de su vida.

Aquel dos de diciembre, mientras regresaba de visitar a su madre, ocurrió la tragedia que me marcaría por siempre, pues su cuerpo fue hallado debajo de grandes e inmensos escombros como si fuera un tesoro escondido, tanto así que toda mi vida se fue ocultando con ella. Desde ese momento, me duelen los huesos y el alma entera para sonreír.

Se cree que en el mes de diciembre la alegría acompaña los hogares y que en cada corazón la paz se queda para guiar hacia el nuevo año, pero en el de mi niña y en el mío, esto no sucedió, ya que parecía que un mural dividiera nuestro ser y así nos imposibilitaba el propio hecho de juntos decirnos: “Feliz año nuevo”.

Para el primer día de enero, salimos de ese pequeño terruño donde todo aquello pasó; no estaba tranquilo, sentía que la realidad oprimía mis coyunturas y por las noches, la soledad se vestía de amargura hasta hacerme olvidar la razón de mi existir. Así que una mañana tomé un bus, en el cual cargaba conmigo no solo mis maletas, sino las ganas inmensas de olvidar y huir de ese vacío tan oscuro que me aprisionaba. Escuché hablar de Barranquilla la bella, como le llamaban algunos, otros La Arenosa, y yo, yo solo la conocía como el lugar del olvido que pronto sanaría mi corazón quebrantado.

Al conocer aquella ciudad, noté que en sus barrios las personas se relacionaban entre sí. Cada fin de semana, los fuertes alborotos eran mis nuevos compañeros, así como las risas a carcajadas y los fuertes golpes de zapatos de los vecinos, que, al bailar, interrumpían la profundidad de mi sueño. Además, tenía una vecina, muy alegre, por cierto, llamada Carola, que los lunes por las mañanas llamaba a mi puerta: “Vecino, levántese que hoy recogerán la basura”. Yo hacía como si no la escuchara, y trataba de evadirla todo lo que pudiera, pues en realidad no quería hablar con nadie, pero desde mi ventana observaba cada suceso día y noche.

Ese día noté a aquel niño correr por todo el frente de mi casa, y al parecer era algo grandioso lo que le sucedía. Sus ojos no se notaban de tanta emoción, tal como un niño cuando recibe su regalo más deseado. Él lucía pantalones cortos, zapatos de ancianos grises con blanco, pero lo más extraño era la manera en cómo estaba pintado su cuerpo, ya que estaba totalmente cubierto de negro, con labios rojos como si acabase de comer ají picante; me parecía algo gracioso. En serio lo era... De repente se dio cuenta que lo observaba a través del ventanal, y por eso yo

traté de esconderme para que no me viera, pero era algo absurdo, los niños todo lo ven.

Y entonces me di cuenta: el carnaval de Barranquilla era la festividad más emotiva que ocurría en febrero, tanto así que llamó mi completa atención, además recordé al niño disfrazado y me llené de curiosidad, pues quería sentirme así, ya que extrañaba ser feliz como lo era él. Entonces, averigüé la fecha en que sucedería y cómo se llamaba ese grupo que integraba el niño: “Son de negros”, así le decían... Resultó interesante para mí.

Y entonces tomé una decisión: en el patio tenía guardadas algunas pinturas negras con las que cubriría mi piel, y así sucedió, el veintiocho, procuré que nadie me viera. Subí a la terraza, allí embetuné mi cuerpo, me coloqué unos pantalones rasgados, pinté mis labios de rojo y en la mano tenía aquel sombrero característico, lleno de flores de colores y así emprendí una nueva experiencia.

Durante los cuatro días de mi primer carnaval volví a saber lo que era estar completamente feliz, porque me olvidaba de todo y ‘Son de negros’ ahora era mi familia. Podía hacer feliz al resto de gente que me veía pasar con solo ceñir el rostro, sacar la lengua y reír en todo mi esplendor, recorriendo las calles bajo aquel sol ardiente. Sentía que era libre por primera vez en lo que se convertiría en mi amado Carnaval, pues así podía sacar todo lo que tenía reprimido desde hace tanto tiempo.

Y así, año tras año, hacía parte de este grupo que me devolvió la vida llena de plenitud y tranquilidad. No importaba si los carnavales terminaban, era feliz sabiendo que en un año volverían, ya que ahora lucir mi cuerpo pintado de negro me hacía libre, ‘Son de negros’ era la negritud que me liberaba.



Fotografía: Aleidys Coll M.

MASCARADA OCHO

“Hazte la loca, Mary, hazte la loca”

Rafael Mendoza Jiménez

Universidad Autónoma del Caribe

rafael.mendoza2@uac.edu.co

Cuando escuchamos la frase “Carnaval de Barranquilla”, nuestra imaginación se transporta al folclor y al gozo. La ciudad brilla en su máximo esplendor, las calles se visten de colores y se escucha la alegría en cada rincón.

Los registros históricos de esta festividad datan del año 1865, en la que se realizaba la primera lectura del bando, hecho con el cual se dio inicio a la gozadora. Sus eventos más significativos son la Guacherna, la Batalla de Flores, la Gran parada de tradición, el Festival de orquesta y la muerte de Joselito, acto que concluye el miércoles de ceniza.

Soy barranquillera a mucho honor, me gusta el baile y la cumbia; es más, donde hay cuento, estoy yo. Recuerdo que, cuando era joven, me escapaba para las casetas. Me vestía debajo de la pijama (antes eran anchas y largas, aunque, la verdad nunca me gustaron). Fueron de gran utilidad, ya que esperaba que todos se durmieran en la casa y me levantaba lentamente, caminando como si de tocar las nubes con los pies se tratara. Iba al baño, que era mi alcahueta y confidente. Allí dejaba todo preparado para mi regreso; no era fácil y menos cuando eres la menor de tres hermanas. Solo me acompañaba mi lamparita de petróleo. Sí, jamás, fue imposible para mí porque quien lo vive es quien lo goza y más cuando vives en La Arenosa.

Un día en mis andanzas me enamoré perdidamente de un hombre cuya única pena era ser el marido de otra y yo, su amante, mis salidas se volvieron más constantes, hasta el día que mi mamá y yo nos cruzamos el pasillo; bajé mi cabeza,

sentí como un vacío dentro de mí, mis manos temblaron, mi voz se perdió, todo mi semblante cambió.

Qué tragedia de cara pálida, maicena y con un tufo de esos que se notan hasta con un simple suspiro. Fue imposible negarlo, y ¿cómo arreglar con golpes lo que ya se disfrutó?

Sin embargo, el dolor pasó y aquí estoy sentada en mi patio charlando y contando todo lo que alguna vez sucedió.

— Pero sígueme contando, ¿qué ocurrió con ese señor que según tú fue tu perdición? — exclamó el niño con gran ligereza.

Yo no lo quería, lo amaba; querer es poco. Todo el mundo quiere algo, pero jamás comprendieron y mucho menos aceptaron que soy una mujer de gran corazón, yo pude compartirlo.

Llegó 1989 y con él los carnavales. Ya se escuchaban las tamboras, se prendieron los barrios, llegaron los disfraces, la maicena y el ron. Las nubes se alegraron, el sol resplandecía, es como si la naturaleza festejara con nosotros. Me levanté temprano, me fui al cuarto ese el que le dicen el de San Alejo, donde se guarda todo y se acuerda uno que alguna vez existió, lo que ahí se depositó; encontré harapos, zapatos apache viejos, una lámpara a gas de mi bisabuela, una cabuya, un palo encontrado en el patio de mi casa, un saco en el que llevaba cartón, vasos de icopor y de aceite, con los cuales decidí disfrazarme y olvidarme del qué dirán.

Salí al Cumbiódromo, con la cara sucia, los ojos desorbitados y una piedra amenazante en mi mano.

Y es entonces cuando me digo: “Hazte la loca Mary, hazte la loca”.

Soy expresión de la locura, y el día que deje de expresarme me moriré con dignidad.

MASCARADA NUEVE

Espíritus de carnaval

Brayan Javier Mejía Hernández

Universidad Autónoma del Caribe

Brayanmejiamusic1@gmail.com

¿Alguna vez te has preguntado qué pasa luego de cada carnaval? ¿O alguna vez te has preguntado qué pasó con todos esos personajes a los que cada año ilustramos con gran regocijo año tras año?

¡Pues hoy es tu día de suerte! Toma asiento que vamos a comenzar.

Cuando los humanos mueren, se tiene la creencia de que solo su cuerpo deja de existir, pero el alma queda por siempre habitando en algún lugar. Eso mismo pasa con los espíritus de carnaval: habitan en un lugar mágico, donde cada año se preparan para pasar desapercibidos cuando miles de personas están celebrándolos: ahí están, entre nosotros.

Cada uno tiene preparaciones diferentes, y, claro, cada día añoran más que el tiempo pase para poder salir a flote sin ser juzgados, y sin asustar a las personas que los rodean. Tienen rituales diferentes, de seguro has escuchado de la mari-monda: nariz larga y grandes orejas, antes de carnaval. Se dice que duerme largas siestas, le gusta planear qué colores tendrá su vestidura, qué bailes mostrará, e incluso de quiénes se burlará. Es un espíritu extrovertido, le satisface ser observado, aunque en su interior guarda un pasado que se niega a revelar, a su alrededor siempre está “torito”: deseoso de mostrarles a todos lo que significa hombría; es muy honrado y siempre quiere verse elegante. Sale a mostrar valor, no le teme a nada, pero sí tiene una debilidad, que es su negrita puloy, de la que está enamorado hace muchos años. Luchan por salir siempre juntos y divertirse al ritmo de la música. “Puloy” es una mujer hermosa, de piel negra, cabellos rizados, y labios

prominentes; es la que le da alegría al reino de los espíritus, siempre está vestida con su traje rojo, bailarina por naturaleza, no envidia nada del mundo terrenal, puesto que estando en su hogar, siempre está feliz y en disposición, sobre todo porque tiene a monocuco, su mejor amigo, que es un poco travieso. Cuando sale, aprovecha para robar todo lo que le llame la atención, desde joyas hasta comida. Nunca ha revelado su identidad y su verdadero rostro es un misterio para todos, algo que no podemos decir de María moñitos, una muchacha juguetona. Su cabeza es un desastre total, se dice que después de carnavales suelta su cabellera, y comienza a poner una moña por cada día de espera por la nueva festividad.

Y por último, tenemos a Joselito, que, no se sabe por qué, pero siempre está triste, pues le parece injusto que solo salga un día, y que toda la gente lo llore cuando él quisiera ser recibido como todos los espíritus. Es un hombre de edad avanzada, cabello oscuro, con expresión de desaliento. No planea nada, dice que no tiene para que hacerlo, puesto que cuando sale no puede disfrutar por el llanto que causa su presencia e irónicamente su pronta ausencia.

¡Todos habitan en un lugar sagrado, y se dice que en los primeros meses del año, tienen un portal que les permite estar libre vagando en ambos mundos. Ten cuidado y presta atención cuando salgas en carnavales, puede que tengas a alguno de ellos a tu lado...!

MASCARADA DIEZ

Un carnaval sin fronteras

Omar Romero

*Universidad Autónoma del Caribe
Robertoaltamarm@gmail.com*

Roberto Altamar

*Universidad Autónoma del Caribe
Omarromero09yza@gmail.com*

Muchos kilómetros nos separan, pero el ritmo de flautas y tambores nos unen al bailar, moviendo mis caderas de aquí para allá, abrazándonos bajo el sol y gritando “¡Que viva el carnaval!” Así fue como conocí al amor más grande que me dio la vida, en unas fiestas de mi hermosa Barranquilla: un hombre alto, rubio, de ojos azules, pero de un país algo lejano. Recuerdo que lo conocí en una emblemática Batalla de flores, donde le encanté con mi sonrisa, picardía y berraquera de la mujer barranquillera. El hombre se tornaba serio y parecía algo engreído, pero con mi simpatía y mi manera extrovertida de hablar, logré captar su atención.

—iOh my God! — dijo cuando me vio. Su sonrisa cambió de oreja a oreja y ahí supe que aquel día jamás se borraría de mi mente. Recuerdo escuchar a mi madre y mi hermana decir:

—Arajo’ mija, te levantaste al gringo— yo, toda sonrojada, les dije de manera comedida que pararan ya. En ese momento, aunque me diera pena aceptarlo, el gringo ya estaba preparando un lugar en mi corazón.

Se acercaba el final del evento y el gringo y yo no pasamos de solo mirarnos y sonreírnos; ya yo quería dar el siguiente paso, pero había un gran problema, pues, por lo que pude escuchar desde lejos, él no sabía hablar español y yo mucho menos pronunciaba una sola palabra en inglés. Era muy complicado acercarme a él, pero sin duda no iba dejarlo ir tan fácilmente de mí. Como era de esperarse, luego

de la Batalla de flores, mi madre, mi hermana y yo decidimos irnos a un bazar para seguir la fiesta, sin embargo, yo aún no dejaba de pensar en aquel hombre de ojos azules que me flechó en el momento en el que lo vi. A pesar de todo, ya tenía el compromiso de ir al bazar, así que me marche.

Llegando al lugar, vi que todos estaban divirtiéndose y pasándola bien; mi tío Juancho me saludó, y como era de esperarse, ya que mi tío me conoce muy bien, me dijo: —Mija y ¿esa cara? Celebre que estamos en carnales—. Yo, muy amablemente le dije:-

—No, nada estoy bien—, a lo que mi tío me dice:

— Pa' que se ponga, mejor le voy a presentar a un amigo, para que lo conozca.

Yo, muy desanimada, accedí a ir.

Lo que no me esperaba era que el famoso amigo de mi tío, era aquel extranjero que se había robado mis suspiros. Cuando nos presentaron, nos miramos aún sin decir una sola palabra; se sentía aquella química inexplicable. En ese momento mi tío me dice que el “gringo,” como le dice con cariño, es su nuevo estudiante de español, ya que Juancho es profesor de lenguas. Gracias a él logré sostener una conversación con aquel hombre y al parecer teníamos mucho en común, al final del bazar supe que se iba a quedar en Colombia a estudiar. No haber podía sido más feliz que ese día.

Actualmente sigue en Colombia y no solo seguimos hablando, sino que nos casamos y tenemos dos hermosas bebas. No pude haber tenido un mejor carnaval.

MASCARADA ONCE

La euforia del Barrio Abajo: una alegría que se puede transformar en tragedia

Zeinab Darwich Saker

Universidad Autónoma del Caribe

Zeinab.darwich@uac.edu.co

Auris Estrada Vizcaino

Universidad Autónoma del Caribe

aurisvi52002@gmail.com

Había una vez un país muy lejano lleno de diversidad cultural, y en él una ciudad llamada Barranquilla, repleta de personas alegres, que, al escuchar los sonidos melódicos de una hermosa canción, se levantaban de donde estaban, así fuera dormidos, y comenzaban a bailar.

En esta bella ciudad llena de brisa, mar y río, existía un barrio muy popular que se destacaba por sus sonidos. Sonaba a tambores y a flauta de millo; el aroma que se respiraba era de sancocho y arepa de huevo. Este era el Barrio Abajo, el cual estaba cerca del río Magdalena, una extensa lengua llena de geografía e historia.

En este barrio vivían personas alegres, llenas de pasión y carisma. En especial, una familia que se le conocía como los carnavaleros; eran ocho personas: el padre, la madre y sus seis hijos; para su buena suerte, todos los niños ya estaban grandes. Por todas las calles del sector se rumoraba que esta familia solo esperaba el primer día de comienzo de año para iniciar su baile sin fin, para empezar a sentir la euforia que nació en el Barrio Abajo. Desde el primer día iniciaban colocando la música más alegre, alusiva al carnaval.

El padre se disfrazaba de marimonda y se paseaba por todas las calles, llenándolas

de felicidad y motivando a las personas a que salieran a bailar y a gozarse la fiesta. Este hombre lleno de maicena llegaba a su casa, vestía a sus hijos y esposa, y los ocho salían disfrazados. Las niñas, de negrita puloy; los niños, de congo y animales de la selva.

La maicena y la espuma son herramientas que los carnavaleros no dejaban. Hacía parte de la cultura del carnaval. El día que más le gustaba a la familia de los carnavaleros, era el día de la guacherna. La guacherna una noche de tradición y cultura, llena de alegría, magia, amor y maicena. Esa noche ellos se ponían su mejor disfraz, e iniciaban sus recorridos por muchas calles de Barranquilla. La alegría de estas personas era inexplicable, por su sangre corría la espuma, la maicena y el carnaval.

Esa noche, a las 8:15 p.m. cuando la soberana ya desfilaba por la carrera 44 con la calle 70 de La Arenosa, la familia carnalera se encontraba desesperada porque llegaría tarde. Se escuchaban los gritos de la madre por toda la casa y las pisadas exasperadas del padre, mientras que los hijos corrían por la casa arreglando los últimos detalles.

Uno a uno se fue montando al carro sin dejar su típico bullicio. Gritos y discusiones se vieron presentes por primera vez en esta familia tan alegre.

Llegaron a la zona de la guacherna y empezaron su festín, olvidándose de las discusiones anteriores. Con trago en mano y espuma en la otra, la recocha ya se veía presente. A la familia carnalera se les había olvidado por completo por qué peleaban.

Marta, la hija de 12 años, quien modelaba sus bellos rizos con un cintillo rojo de puntos blancos y un vestido del mismo estilo, se separó de la familia en un momento de despiste. Ella rodeaba las calles tratando de pasar entre la multitud alocada, vio a alguien el cual de espaldas era muy parecido a su papá, pero al acercarse se dio cuenta que ese señor era distinto. Su nariz parecía la de un ratón, tenía los labios raspados y una cicatriz que le trazaba una línea desde su ojo izquierdo hasta el lóbulo de su oreja.

— ¡Oh!—exclamo la niña—, usted no es mi papá.

— ¿Qué hace una niña tan hermosa sola?

— Disculpe señor, es que no encuentro a mis padres— dice Marta, a punto de querer llorar.

— No te preocupes, ven conmigo— expresa el hombre formando una sonrisa llena de malicia en su rostro antes de decir—, mientras disfrutamos de nuestro bello carnaval...

Después de tres horas, la familia carnalera se dio cuenta que le faltaba un integrante. Sin recuperar totalmente la conciencia por la borrachera, empezaron a buscar a la niña por todos lados, mientras que las personas a su alrededor se sumaban cada vez más en la búsqueda. La policía llegó y trató de poner orden para poder iniciar una búsqueda propiamente, pero tantas eran las personas fuera de sí que poco era lo que podían hacer.

En sus 38 años de vida, el señor carnalero, por primera vez, deseó que estas celebraciones terminaran pronto. Ya eran las 4:00 de la tarde siguiente; mientras algunos despertaban de su guayabo, otros se enteraban de la noticia por medio de los periódicos y tv. La noticia había viajado por todo el país con diferentes titulares: “Niña es secuestrada en la guacherna”, “87 años de celebración y una tragedia”, “Barranquilla considera seguir con el carnaval”, “Marta carnalera se dio por desaparecida” ...

Días que se volvieron meses, y luego años; aquellos ocho integrantes que esperaban ansiosamente esas fechas de alegría y recocha, disfrutando cada segundo de él, pasaron a ser siete personas que no soportaban ver cualquier representación del carnaval, tanto así que el barrio ya no los llamaba la familia carnalera sino la “familia amargada”.



Fotografía: Aleidys Coll M.

MASCARADA DOCE

Épocas carnavaleras

Leidy Steffens

Autónoma del Caribe
Leidysteffens261@outlook.com

Nicolle Carreño

Autónoma del Caribe
nicolleandrea076@gmail.com

En épocas carnavaleras, Lala, como la hacían llamar sus amigos y su compañera de locura, Mercedes, siempre salían a gozarse los carnavales con mucha alegría y mucho entusiasmo; salían y se divertían desde la época de precarnavales como muchos barranquilleros. Pero, para poner un poco en contexto, la época de esa festividad siempre ha sido una de las más esperadas por los barranquilleros, ya que es un espacio de desorden y de mucha alegría por parte de todos los curramberos de la ciudad; son días donde salen comparsas, carrozas, muchos disfraces y se realizan muchos eventos llenos de colorido y sátira.

Volviendo un poco a la historia, Lala y Mercedes salieron desde el primer día de carnaval, armaron su combo y fueron a gozar todas aquellas celebraciones.

El día tres de estas festividades sucedió algo muy feo, pues después de haber estado toda la tarde con sus amigos y haber gozado al compás de la música de Checo Acosta, en la noche llamaron a una de las amigas a decirle que fuera a otra fiesta de carnaval, tipo bazar, a la una de la madrugada; ellas tomaron la decisión de ir al evento, y pidieron un carro que las llevaría al lugar donde estaba el bazar. El hombre del carro era muy raro, todas las amigas comenzaron a preocuparse porque el señor las estaba llevando a otro lugar, pero contaron con la suerte que el hombre se quedó varado y todas salieron corriendo.

Por suerte pudieron escapar, pero algunas amigas siguieron gozando las fiestas de Barranquilla, mientras que otras se fueron para su casa, pues habían quedado un poco traumatizadas.

Al pasar los años, Lala les contó esta historia a sus hijos, y además de esto les habló un poco acerca del carnaval. Ella decía que el carnaval de Barranquilla es un evento folclórico y cultural de Colombia, en el que cerca de dos millones de personas, entre visitantes y locales, participan anualmente de la fiesta, que comienza el sábado anterior al miércoles de ceniza y termina el martes inmediatamente posterior.

Al haberle contado todo esto a sus hijos, les dijo: “Hijos, el carnaval es mi fiesta favorita, disfruten esta hermosa festividad al máximo, gocen, bailen, pero siempre recuerden cuidarse. Los amo mis niños”.

MASCARADA TRECE

Carnaval de emociones

Rosa Gutiérrez

*Universidad Autónoma del Caribe
rosa.gutierrez1@uac.edu.co*

Nathally Espinosa

*Universidad Autónoma del Caribe
nathally.espinosa@uac.edu.co*

La guacherna es conocida por muchos como uno de los más populares actos del precarnaval de Barranquilla. Este acontecimiento se lleva a cabo cada viernes, antes de que inicie el carnaval. Es una de las festividades nocturnas en las que participan miles de grupos musicales, bailarines de todo tipo y cumbiambas. Sus asistentes van llenos de colores vibrantes y llamativos, en los que no pueden faltar los faroles, los cuales son el objeto principal de este gran desfile.

Durante esa noche, toda la ciudad estaba emocionada, ansiando el comienzo de uno de los eventos que tiene la ciudad de Barranquilla. Las calles estaban llenas, las personas estaban emperifolladas, disfrazadas y dispuestas a disfrutar el evento. Grupos de amigos y familias, por todos lados, alegres estaban contentos porque pronto iniciaba un nuevo carnaval. Dentro de ellos se encontraba Carolina, degustando de la noche a medias, porque por dentro tenía un dolor infinito que la estaba consumiendo. Ella recordaba todo el tiempo a su padre, ya que fue la persona que más la hizo amar esta festividad y saber que esta era la primera sin él, le causaba angustia y desespero por no sentirse alegre. Entre música y amigos, sintió cómo algo ya no estaba en su cuello: el collar, que su padre le había regalado desde que era niña para que pudiese estar protegida, ya no estaba. Carolina miró hacia todos lados para ver dónde estaba o dónde había caído, pero fue imposible hallarlo. En pleno desespero por no saber dónde se encontraba, intentó hablar con sus amigos para que lo ayudaran a buscarlo. Al darse cuenta de la gravedad

del asunto, su corazón empezó a latir rápido, tuvo que salir del gran tumulto de gente y del escándalo. Se sentó en una esquina alejada de las personas, sola, a llorar desconsolada. Mirando al cielo entre lágrimas y rímel corrido, Carolina le pidió perdón a su papá por no haberle hablado y contado lo que ella sentía, sin demostrarle cuánto lo amaba.

De repente, en medio de los sollozos, sintió a alguien que le tocó su hombro mientras le hablaban cerca al oído. Carolina logró sentir la calidez y la voz de su padre. Al cerrar los ojos con fuerza, logró ver cómo su papá con tambores le decía que disfrutara y fuera alegre, que él estaba en paz viéndola hacer lo que le encantaba desde que era pequeña. Caro, como era llamada de cariño, recordaba que su padre era un apasionado barranquillero que nunca había faltado a algún evento, úes era uno de los primeros en llegar y el último en irse.

Al despertarse, Carolina, riendo y con emociones encontradas, pero agradecida por sentir aquella presencia divina, regresó al baile para seguir con la tradición de disfrutar cada minuto de este carnaval.

MASCARADA CATORCE

Mi historia

Helen Charris

*Universidad Autónoma del Caribe
helen.charris@uac.edu.co*

Emily Urdaneta

*Universidad Autónoma del Caribe
emily.urdaneta@uac.edu.co*

Mi sueño, desde que tengo uso de razón, fue ser reina del carnaval de Barranquilla, la ciudad que me vio nacer y crecer. Cuando apenas era niña jugaba al reinado con las demás amigas de mi cuadra; me encantaba, porque casi siempre yo ganaba y me elogiaban. Me hacían sentir como si algún día eso que tanto anhelaba se podría volver realidad.

A medida que iba creciendo, estaba más y más pendiente de cada reina y cada evento en el que estaban involucradas, pues amaba verlas bailar. Más adelante, cuando cumplí 10 años, pedí que por favor me ingresaran a una academia de baile, que no tenía que ser la más cara, tampoco la mejor, pues solo me bastaba con que tuviese un espacio en donde mis habilidades como bailarina mejoraran. Así empecé a involucrarme más en el mundo de la fantasía y el folclor de los desfiles del Carnaval. A lo largo del año nos preparábamos para que cuando por fin llegara febrero, estuviésemos más que listos para deslumbrar a todos con nuestras presentaciones. Nos amaban, a pesar de no ser una de las más prestigiosas escuelas de bail; la gente nos mostraba su apoyo de una manera especial.

Pero como en toda historia, siempre debe haber algo que se interponga en el camino del objetivo trazado. En mi caso, fue una lesión en mi rodilla, que ocurrió cuando tenía 15 años y estaba finalizando mis prácticas junto con la comparsa; con un compañero tenía que bailar en pareja con pasos de baile complicados

en los que incluso tenía que dar un gran salto. Para mi infortunio caí, y aunque el dolor que sentía era horrible, nada se podría comparar al dolor emocional que emanaba de mi corazón al saber que no solo no podría estar en los desfiles del próximo carnaval, sino que no sabía si volvería a poder bailar tan excelentemente como lo venía haciendo en los últimos años.

Y, tal y como temía, mis doctores me dijeron que ya no podría forzar mi rodilla a través de duras jornadas de baile y ensayo, que era mejor que buscara alguna otra actividad en donde fuese igual de buena. Pero yo no quería nada más, bailar en las comparsas era lo más cercano a ser reina del carnaval, ¿y ahora, ¿qué haría?

Me rehusaba a dejarme vencer por una lesión, y pensaba: “Puedo hacer terapia y mejorar con el tiempo, nada me va a sacar de la mente el baile ni los desfiles”, pues eran mi vida. Cada día visitaba a mi terapeuta para mejorar, hacer los ejercicios correspondientes para sanar, sin importar qué me dijeran: que no iba a volver a estar en la misma condición física, yo igualmente quería intentarlo.

Pasaron meses después del accidente de mi rodilla, volví a visitar a mi médico, el cual me miró con ojos esperanzados luego de revisar la lesión, y pude ver felicidad en sus ojos, dándome la buena noticia que podía participar nuevamente de los bailes, pero que debía ser muy responsable y cuidadosos. Me felicitó por mi esmero y determinación.

Regresé a los ensayos con mi comparsa, pero fue complicado ponerme al día con tantos meses de retraso, mas, después de lo que había vivido, nada me parecía imposible. Con mucha dedicación logré estar al corriente con todo. Ya faltaban algunos meses para que fuera febrero, mi mes favorito.

La directora de la comparsa se acercó a mí al finalizar un ensayo, se veía en su rostro que quería hablarme de algo importante: mencionó la candidatura a reina, dijo que me veía potencial, y que era una gran oportunidad para audicionar. Además, dijo que ella me apoyaría en lo que necesitara. No podía creerlo, iba a lograr mi sueño, todo lo que más quería hacer: grabé el video que pedía, demostrando mis dotes en el baile, en la expresión oral y claramente mis conocimientos sobre el Carnaval de Barranquilla.

Fue una larga espera. Mientras se seleccionaba a las candidatas, a todos en mi familia nos emocionaba la noticia, pues estaban seguros que lo podía lograr. Me había esforzado mucho para esto. En la noche, cuando llegué del ensayo, encontré un sobre en la entrada de la casa: eran las felicitaciones por haber quedado seleccionada entre las candidatas. No lo podía creer; al entrar a mi casa había globos y una torta con toda mi familia, lista para celebrar.

Fueron largos meses de preparación, pero todo valió la pena porque al fin hoy puedo decir con mucho orgullo que soy la reina del Carnaval de Barranquilla, representando la cultura de mi ciudad y los bailes típicos que la caracterizan, pero no puede faltar el carisma que me acompaña al estar en cada uno de los desfiles de esta bella fiesta popular.



Fotografía: Marceliano Pión

MASCARADA QUINCE

La historia no contada de la Negrita Puloy

Greys Paola Puello Campillo

*Universidad Autónoma del Caribe
Greyspuello17@gmail.com*

Adrián Alfredo García Rojas

*Universidad Autónoma del Caribe
adrigarci0301@hotmail.com*

Cuentan que había una mujer negra llamada Naína. Gozaba de gran belleza y carisma, hija de padres esclavos a quienes se le registraban como esclavizados de Leo de Rodríguez.

Ella iba todas las tardes a la casa de este señor para pedirle que por favor le diera la libertad, que por herencia le pertenecía, pero de Rodríguez no atendía a sus reclamos. Cansada de ello, presentó una demanda para demostrar que era una mujer libre, y que también a su hijo José debería considerarlo. Naína justificó su demanda en la necesidad de prevenir la reducción de ella y su hijo a la condición de esclavos. Pese a ser zamba, se declaraba negra atezada; por su color, madre e hijos estaban en peligro constante de ser esclavizados.

Pero ella necesitaba el certificado de libertad, de modo que decide no quedarse de manos cruzadas y planea una estrategia para que el señor Leo se canse de ella y así pueda dejarla libertad. Como protesta, todas las tardes Naína iba con su hijo y un paraguas en la mano a la casa del señor de Rodríguez, y al son del tambor la negra bailaba bajo el sol, cambiando su uniforme de servidumbre por uno rojo de puntos blancos, en señal de su enojo.

El señor Leo y su familia se reían de cómo ella bailaba; todas las tardes se ubicaban en la terraza de su casa, y allí se burlaban, hasta que un día el señor de Rodríguez

sacó una tinaja con agua fría y los mojó, diciendo: “Toma, mujer negra, para que te refresques”. Naína, en vez de agarrar a su hijo por los brazos e irse, lo que hizo fue tener más fuerzas, echar una carcajada y seguir bailando, recordando las palabras que su madre le decía.

– “Naína, que tus sueños sean más grandes que tus miedos”.

Los demás esclavos se sorprendieron, pues una mujer negra enfrentó a su amo luchando por sus ideales, y a pesar de todos los malos tratos, no se rendía.

El hecho se empezó a regar en todo el pueblo, de cómo una esclava retaba a su esclavista; así, se fueron uniendo de dos en dos y al son del tambor las negras bailaban bajo el sol. Esto empezó a perturbar a la familia y a la clase alta, hasta que llegó a oídos de las autoridades cómo un grupo de mujeres se negaban a trabajar por ir a bailar. Las mujeres blancas se unieron, unas como motivo de lucha y otras por diversión, de manera que se vestían de rojo y se untaban los cuerpos de carbón.

El esclavista, perturbado por el ruido durante meses, decide ir al sótano de su casa, y allí ve un baúl, el cual despierta su curiosidad, en el que encuentra una vieja carta de su padre, que le había dado momentos antes de morir. Dicha misiva nunca la había leído, pero, al adentrarse entre líneas, se percata que su padre redactó: “Mi deseo siempre fue conferir libertad a mis esclavos. Ahora que estoy moribundo y me encuentro viviendo en España, quiero que lo hagas por mí.” Inmediatamente corre donde su esposa la familia, quienes, por respeto a la memoria de él, hicieron cumplir su deseo dejando en libertad a Naína y su descendencia.

Cuando salieron en libertad, la negra y un grupo de amistades empezaron a reunirse en la plaza principal, armaron un grupo de mujeres llamado Negritas Puloy, en honor a su liberación, y cada año se reencontraban en el mismo lugar, para hacer una demostración de la danza con la que obtuvieron dicha victoria.

Las Negritas Puloy son bailarinas por naturaleza, mueven sus caderas, sus hombros y piernas al son del porro y del fandango. Son palenqueras descendientes de África; su vestimenta es de colores negros, rojos y blancos, y llevan también collares, aretes y un tocado en la cabeza, y, sobre todo, una hermosa sonrisa que refleja la alegría en sus rostros.

MASCARADA DIECISÉIS

Solo un instante de felicidad

Shinela Rambao Echeverría

Universidad Autónoma del Caribe

Shinela.rambao@uac.edu.co

Andrea García de León

Universidad Autónoma del Caribe

Andrea.garcia3@uac.edu.co

Barranquilla es considerada una de las ciudades más alegres de Colombia, donde se celebra una de las festividades más grandes del país: el Carnaval de Barranquilla.

La historia que les venimos a contar se remonta al año 1940, con la llegada de un nuevo alcalde de descendencia árabe, quien tenía una familia conformada por su esposa y su joven hija, llamada Bárbara, de tan solo 17 años, quien es la protagonista de nuestro relato.

Bárbara sentía una profunda pasión por el baile y la música, por lo cual una de sus festividades favoritas era el Carnaval, pero eso era algo que debía mantener en secreto, porque su padre no le permitía ser parte de estas fiestas debido a que iba en contra de las creencias religiosas de su familia.

Como era de costumbre, Bárbara salió a caminar por la plaza (o eso era lo que ella le hizo creer a su padre). Justamente ese día, el alcalde debía ir a una reunión que tenía con el organizador del carnaval, porque debía firmarle unos permisos para los eventos carnavalescos, que se harían durante esos días. Cuando el alcalde llegó a la casa del carnaval e iba a entrar a la oficina del director, le pareció haber visto a una joven igual a su hija, la cual estaba ensayando con una de las comparsas que estaban ahí reunidas; sin embargo, hizo caso omiso debido que para él era imposible pensar que Bárbara estaría en contra de sus creencias.

Al salir de la casa del carnaval, Bárbara sintió que la sujetaban fuertemente del brazo, y cuando alzó la mirada, se dio cuenta que se trataba de su padre, quien con gran molestia la abofeteó y llevó casi arrastrada hasta la casa. En su hogar, su padre empezó a insultarla y a mostrarle su repudio por lo que había hecho, ante lo cual ella lo enfrentó, diciéndole que esa era su pasión, que amaba hacerlo y le preguntaba por qué él se lo prohibía, si la hacía feliz y con eso no dañaba a nadie. Esa discusión de ella lo llenó aún más de ira, por lo que decidió encerrarla en su habitación, dejando a alguien en la puerta para que cuidara de que no saliera de casa.

Al día siguiente, el alcalde, para asegurarse de que su hija no escapara, decidió tapar las ventanas de su habitación con tablas, lo que le preocupaba a Bárbara, porque ya solo faltaban dos días para que empezara el carnaval, por lo que debía apresurarse en buscar una estrategia para escaparse y llegar a tiempo a la Batalla de flores.

Al pasar los dos días, ya Bárbara tenía su plan de escape trazado, y solo esperaba el momento indicado para ponerlo en marcha. A los pocos segundos, escuchó cómo intentaban abrir la puerta, lo que quería decir que quien la custodiaba ya venía a traerle el desayuno, así que corrió a esconderse detrás de la puerta y cuando él abrió, lo golpeó en la parte trasera de su cabeza con una tabla que había tomado de su cama, dejándolo inconsciente al instante.

Bárbara pudo fugarse con éxito y llegar a tiempo a donde estaban todas las comparsas preparándose para el desfile. Al salir, ya lista para bailar, vio las calles repletas de gente, con una gran variedad de disfraces, alegres y bailando al son de los tambores, lo que la llenó de una felicidad que parecía no acabar y que jamás imaginó sentirse tan plena por ser parte de algo.

Pero todo se desvaneció en un instante al ver el rostro de su padre enloquecido y lleno de ira. A empujones y a rastras sacó a Bárbara del desfile y la llevó hasta lo que parecía ser una plazoleta donde había mucha gente, en la que le dijo que se colocara de rodillas y pidiera perdón o hasta ahí le llegaría su rebeldía. Ella, llena de valor, le dijo que volvería a hacerlo una y otra vez.

Y el padre, entonces, con un cuchillo, le cortó su garganta; lo más impactante fue que al instante cayó un rayo, matando al alcalde, lo que dejó perplejo a la multitud, diciendo que se trataba de la justicia divina.

Desde entonces, se hizo popular aquel dicho: “Luego del rayo caído, no hay Bárbara que valga”.



Fotografía: Aleidys Coll M.

RAEL GUETTE

MASCARADA DIECISIETE

El Carnaval de mis pesares

Tania Martínez Ramos

Universidad Autónoma del Caribe
tania.martinez2@uac.edu.co

Dayanis Escobar

Universidad Autónoma del Caribe
dayanis.escobar@uac.edu.co

Luis se mantuvo inmóvil durante unos minutos. Con un esfuerzo solemne, destapó su cerveza. Se frotó los párpados con los dedos de las manos, apartó la maicena de sus lentes y permaneció sentado, pensativo un instante, el tiempo indispensable para darse cuenta de lo que estaba a su alrededor, y para recordar la fecha, expresó: «¡lunes de carnaval!, familia».

Meditó para sí las melodías de aquel cantar que en sus oídos eran puro pesar: «Pobre de Alicia, /Alicia adorada, / yo te recuerdo en todas mis parrandas. // Allá en Flores de María/ donde to'el mundo me quiere / yo reparo a todas las mujeres / y no veo a Alicia la mía»

Y continuó cantando: «Donde quiera que uno muere / ¡ay hombre! toa' las tierras son benditas» Un grito apoderado resurge como el fénix, tumbado en su silla, de rodillas, y desde allí, se inclina en llanto. Por un rato, su alma se eleva, se rompe y se sumerge en terrible agonía - ¡carnaval de mi alegría, mi tristeza te la llevas y los recuerdos recuperas! –

En el carnaval de sus pesares, Luis recobra su conciencia: “Qué tristeza y dolor, tus palabras son lejanas y tu olor se desprende cual cervatilla apavorada, huye de mí, el culpable sangriento”.

Se aproxima la reina, es una belleza sin igual, las personas corren a verla pasar. Luis, entre sus lamentos y risas, saca su armadura, y se aproxima a la batalla, la batalla viperina; una que de su memoria jamás se borrará.

Son las 3:00 p.m en plena Vía 40, y allí aparece en la pantalla de su memoria la escena, en la que ve sangrar su corazón: la hora ya está muy cerca.

Con las manos en el rostro y las lágrimas de sus ojos, empieza a bajar lentamente su sombrero al pecho, y recordar aquel lunes de carnaval donde su alegría le fue arrebatada.

“Un día como hoy, aquí sentado, estaba él; quizás la silla era azul y no roja. Es lo único que no logro recordar. Marta reía como loca, María buscaba con su ceño fruncido un paño limpio para su hija, quien no cesaba de llorar. Mi mamá bailaba junto a mi padre, mi hermano sostenía mi cerveza mientras yo buscaba el ron.

“El sol brillaba fuerte ese día, la música estaba en su punto más alto de gozadora, justo en ese momento la reina iba llegando como ahora. Todos buscaron la maicena, recuerdo cómo mi hija se acercó, rasgó mi camisa y dijo: —Papi, quiero platanitos—. Inmediatamente, con la poca lucidez que me quedaba, saqué la cartera. Mi esposa se levantó y recibió el dinero, le dije que se apresurara.

“—Ahora vuelvo—contestó.

“Llegó Rubén, mi primo, acompañado de su amigo, quien se tambaleaba al caminar. Sabíamos que venían abrazados para poder estar de pie. Recuerdo cómo Poncho, mi padre, soltó un chiste tratando a mi primo como de marica. Recuerdo esas risas y cómo le ofreció el trago.

“Mi esposa venía caminando de regreso con la niña, todos voltearon a ver a la reina. De ahí solo me queda el retrato de mi esposa, ya que cayó al suelo junto con mi hija. La niña gritó del miedo, corrí apresuradamente a tomarlas en mis brazos, pero no llegué a tiempo. Ella había volteado en busca de auxilio y solo vi que todos estaban muertos.

“El piso ya no era baldosa, era un río de sangre. La gente corrió despavorida, y yo me quedé tirado para hacer parte de la misma historia de mi familia, pero nada me ocurrió. Ese día yo sentí también mi muerte”.

“Es por eso que hoy me encuentro aquí, bebiendo en nombre de ellos”.

Luis vuelve a su realidad, ve a la reina enfrente de él, camina un paso a la vez, mira

fijamente a la cámara que enfoca a la reina, grita en voz alta: “¡Por todos aquellos muertos!”

Y entonces, un fuerte estruendo se escucha: es la bala con la que le da fin a su sufrimiento, llevándose su vida.



Fotografía: Aleidys Coll M.

MASCARADA DIECIOCHO

Diversión carnavalera

Yan Carlos Villalba Tuirán

Universidad Autónoma del Caribe

yancarlosvillalba20@gmail.com

La Batalla de flores la recuerdo con mucha alegría, pues mis primas, unas mujeres alegres y muy fiesteras, se vistieron de negritas puloy, disfraz que tiene una gran historia en las festividades.

Cuenta mi abuelo que, en su época, las mujeres no podían entrar a las casetas y menos si iban sin un esposo; por ello, un grupo de mujeres decidió crear un disfraz para gozar los carnavales sin que se revelara su identidad. Era un vestido muy coqueto y sexy, de tal forma que mis primas se veían bien hermosas con su gran disfraz; mi padre se vistió de Joselito Carnaval, personaje divertido y alegre. Y qué decir de la Danza del Congo: todos nos quedamos fascinados con esta danza que tiene sus raíces en la raza negra.

Lo que más nos gusta del carnaval es el entusiasmo de la gente barranquillera, donde cada casa se engalana de colores y de máscaras que parecen que nos hablaran de la amabilidad, entusiasmo y alegría de sus habitantes que día a día han hecho de esta tradición un evento internacional, llamado patrimonio nacional.

Mi hermana Josefina, que admiraba el personaje de la reina del carnaval, se vistió como toda una reina en honor a ese gran personaje, que representa los diferentes bailes de la región Caribe. Ella engalana las calles de Barranquilla con su movimiento y su gran sonrisa, que a todos contagia, no es porque es sea mi hermana, pero ese gran día se lució, porque todas las miradas estaban puestas en ella que no paraba de bailar a pesar del calor y la distancia recorrida en aquel momento.

Pablito, el más pequeño de mis hermanos, no paraba de llorar cuando vio al disfraz de la muerte, ya que esta le ocasionó un susto muy grande cuando lo intento

tocar. Mi tío Fabián lo tomó entre sus brazos, lo abrazó fuertemente y le dijo: “Descuida, sobrino, solo es un disfraz”. Pablito, con un poco más de calma, fue minimizando su miedo y terminó gozando todo el evento de ese día tan maravilloso.

Mi madre Rosmar, al ver a su artista preferido, el Checo Acosta, le lanza un beso y le pide un autógrafo; él, con su gran sonrisa y carisma, le da un beso y le regala una camiseta autografiada. Ella, muy emocionada, sigue bailando al ritmo de los tambores y gaitas que con su sonido alegran ese magno evento.

El Rey Momo es uno de los personajes más emblemáticos y representativos que acompaña a la reina en todos sus eventos; ese fue el personaje que mi tío Sebastián quiso en estas fiestas representar, vistiéndose con la fantasía del vestido típico que enaltece la fiesta. Lo que más recuerdo son esos palcos engalanados, y le gente repitiendo a una sola voz: “QUIEN LO VIVE ES QUIEN LO GOZA”, frase típica que se queda no solamente en el pueblo barranquillero, sino en todo aquel que hace parte de ella.

Fue en ese evento, en un palco de la Vía 40, donde conocí al amor de mi vida, Martina, mujer con una cabellera negra y brillante, piel morena y ojos color miel, que, con su baile y gran encanto africano, conquistó mi corazón. Desde ese instante sentí que el carnaval de Barranquilla es un evento cultural donde no solamente se comparte cultura sino sentimientos y emociones, como dice la canción del cantante Peter Manjarrés: “El Joe me lo dijo en una ocasión: / vente pa Quilla, aquí está tu amor;/ busca en La Troja, en el Romelio; / apuesto un millón”; bailando, nuestra relación se fortaleció recordando lo mucho que nos divertimos y compartimos en esos momentos maravillosos que nunca podremos olvidar.

Luego de tanta diversión, risas y emociones, regresamos a casa cansados, con los rostros llenos de maicena, pero con mucha satisfacción al darnos cuenta que compartir en familia es muy importante ya que a partir de este vínculo se construye relaciones con otras personas, hoy mi familia es mucho más unida y pedimos a Dios que nos permita seguir disfrutando de esta gran fiesta barranquillera.

MASCARADA DIECINUEVE

Un baile en el Carnaval

Yeise Vega

*Universidad Autónoma del Caribe
yeise.vega@uac.edu.co*

María Angélica Zuluaga

*Universidad Autónoma del Caribe
maria.zuluaga.3@uac.edu.co*

Faltaba muy poco tiempo para la exposición cultural más importante de mi ciudad, el famoso carnaval. Esa cosa festiva, erótica y colorida, se lleva solo en la sangre de los barranquilleros. Y Jorge no era la excepción. Pero a diferencia de muchos barranquilleros, aquel niño de tan solo 11 años no esperaba con ansias ni agrado estas fechas festivas, puesto que para él eran sus días más tristes y trajinados.

Jorge debía trabajar sin descanso alguno durante los cuatro días de carnaval, y esto le impedía disfrutar divertidamente del evento como cualquier niño de su edad. Él soñaba con gozarse el carnaval y no de cualquier forma, sino por medio del baile y el folclor: deseaba usar un disfraz en específico, uno que cubriera su cara y cuerpo para no ser reconocido y así poder ser libre al bailar, disfrutando sanamente del evento, pero dejando de lado sus sueños y enfocándonos en la realidad, aquel niño tenía la obligación de asistir al evento más importante de su ciudad: Jorge debía vender toda clase de productos carnavalescos y bebidas en una esquina popular sin descanso alguno.

Su día comenzaba muy temprano, para ser más exactos, a las cuatro de la mañana. A esta hora Jorge debía dirigirse al lugar donde vendía sus productos, ya que si llegaba más tarde no habría lugar para él, puesto que miles de vendedores también buscaban el mejor punto para vender sus mercancías. Si esto no ocurría, muy

seguramente, al llegar a casa, Tata le pegaría muchísimo por no traer dinero y lo dejaría sin comer un día completo.

Aquel niño soñador vivía únicamente con su abuela materna, quien había quedado loca después de la trágica muerte de su única hija. Jorge le tenía mucho miedo a esta mujer y a los castigos reactivos que le otorgaba por no traer el sustento diario a casa. Es por ello que aquel niño prefería dormir solo dos horas diarias con tal de no recibir ninguno de estos horribles castigos que le imponía su abuela.

Independientemente de esos días duros y muy trabajados por un niño de tan solo once años, a Jorge no dejaba de gustarle el carnaval y siempre resaltaba la inclusión que lo representaba. Decía: *“El carnaval es diversidad y unión. Su sabor es la entrega”*. A Jorge le sorprendía lo amplio que este era, la diversidad que había en el Carnaval. Ahí era el único lugar donde también podía encontrar muchas cosas y aprender otras, por ejemplo, bailar.

Jorge, a pesar de no poder mostrar sus dotes frente a su abuela, era un buen bailarín y le encantaba, y soñaba también con ser el rey del carnaval de los niños, pero a pesar de su corta edad, entendía que eso nunca iba a pasar y solo se atrevía a bailar en los descansos que tenía en su trabajo.

Un día, como era usual, Jorge estaba trabajando en el desfile de los niños. Estaban pasando las comparsas y, mientras vendía, bailaba una que otra canción, cuando no estaba atendiendo clientes. De un momento a otro, sintió una sensación, de esas que salen de la nada, pero que vienen de buenas energías.

Sin saber por qué, Jorge se acercó mucho más al desfile, pasó la línea imaginaria que separa los que veían el desfile y los que estaban en el desfile. De repente, vio la carroza de la reina del carnaval de los niños y empezó a bailar para que ella se acercara. Y ocurrió lo que Jorge nunca se imaginó: ambos empezaron a bailar en pareja. Los que estaban observando, estaban sorprendidos por lo bien que bailaba ese niño. Le aplaudían y lo empezaban a grabar.

Una vez terminó ese baile, porque la reina debía seguir, ella le dio un beso en la mejilla y le dijo que siguiera así, que podría llegar muy lejos. Jorge no podía creer lo que acababa de pasar y lo mejor que hizo fue sonreír y echarse a reír. Regresó a su puesto, y, ese día, vendió todo.

Al llegar a su hogar, sus vecinos lo felicitaron; sin embargo, la que no estaba feliz era su abuela. Lo recibió a gritos y regaños, pero a pesar de ello, Jorge, por primera vez, le habló a su abuela mientras lo regañaba y le dijo: *“No te preocupes, sí trabajé y vendí todo”*. Ante esa respuesta, su abuela se calló y le pidió la plata de la venta. Esa noche, aunque le gritaron, no le pegaron y estaba muy feliz por eso.

Fotografía: Aleidys Coll M.



MASCARADA VEINTE

Ataúd

Adalberto Bolaño Sandoval

Universidad Popular del Cesar
abs.bolano@hotmail.com

Ay, Jose; ay, Jose, no te vayas, Jose. No te vayas, por favor.

Jose, Dios mío, qué falta me vas a hacer, Jose, no, no, no puede ser.

Las voces de las mujeres y la de los hombres disfrazados de mujer despedían a su amado Joselito. Es un martes, último día de las carnestolendas. Pero el muerto no se mueve. No celebra nada. Está frío. ¿Guayabo? ¿Otra cosa? ¿Ataúd equivocado? Todos en silencio. Todo es ya silencio.

Referencias bibliográficas

- Charles Bazerman (2014). Jornadas de capacitación sobre lectura y escritura en la universidad. En línea: <https://bit.ly/3ApSA1u>
- Hernández Carmona Luis J. & Espinosa Patrón Alejandro A. (2020). La conversión enunciativa del sujeto. *Revista de la Universidad del Zulia*. 3ª época, 11 (31). 237-260 DOI: <http://dx.doi.org/10.46925/rdluz.31.16>
- Bacca Linares, R. (1998). "Aproximaciones a la literatura del carnaval". En *Escribir en Barranquilla*. Ediciones Uninorte.
- Bacca Linares, R. (2002). *Disfrázate como quieras*. Seix Barral Planeta.
- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Alianza.
- Bolaño Sandoval, A. (2006). "Infierno, tiempo e historia: la narrativa purificatoria de Jaime Manrique Ardila". En: *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. Universidad del Atlántico. 4, (4). pp. 116 - 138.
- Borges, J. L. (1982). *Siete noches*. Fondo de Cultura Económica.
- Castillo Mier, A. (1995). "Literatura y carnaval en Barranquilla". En *El Heraldo Dominical*. Nos. 746-747. febrero 19 y 26, pp. 12-13. (Primera parte). <https://bit.ly/3QJ24Kw>
- Castillo, A. (1995) "Literatura y carnaval en Barranquilla". En *El Heraldo Dominical*, Barranquilla, p. 12. (Segunda parte).
- Dante, A. (2000). *La Divina Comedia*. Ediciones Clásicas Universales, segunda edición.
- Gadamer, H. G. (2000, 2001). *Verdad y método I y II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- González Hernández, C. A. (2020). Elementos de la sátira menipea presentes en tres cuentos centroamericanos contemporáneos. *Revista Conexiones: una experiencia más allá del aula*, 12(3), 59-79. <https://www.mep.go.cr/educatico/revista-conexiones-3-edicion-2020>.
- Gordimer, N. (1997). "Aquel otro mundo que era el mundo", en *Escribir y ser*. Península.
- Hernández-Carmona, L. J. (2022). Si la literatura es mentira ¿qué es la mentira? (I parte). *Desembarco en la palabra*. II, (9).
- Lotman, Luri M. (1996). Acerca de la semiosfera. En *La Semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Cátedra.
- Manrique Ardila, J. (1978). *El cadáver de papá y versiones poéticas*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Manrique Ardila, J. (1976). *Los adoradores de la luna*. Instituto de Cultura y Bellas Artes.
- Moreno, M. (2005). *Cuentos completos*. Norma.

Olaciregui, J. (1986). *Los domingos de Charito*. Planeta.

Pérez Herrera, M. (2017). Danza guerrera: Son de negros. *Revista Credencial*. <https://www.revistacredencial.com/historia/temas/danza-guerrera-son-de-negro#:~:text=Es%20una%20danza%20de%20car%C3%A1cter,de%20Son%20de%20Negro%20Congol%C3%A9s>.

Pardo Abril, N. G. (2007). *Cómo hacer análisis crítico del discurso. Una perspectiva latinoamericana*. Universidad Nacional de Colombia.

Ricoeur, P. (2001). *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México. FCE.

Ministerio de Educación-Conaces- (2022) Curso sobre Resultados de Aprendizaje. Aplicación del decreto 1330 de 2019.

